

# LA VIRGEN SIRENA

## COLECCIÓN LITERATURA

### DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Juan Montero Delgado

### CONSEJO DE REDACCIÓN

Barrera López, Trinidad. Universidad de Sevilla

Candau Morón, José María. Universidad de Sevilla

Carrera Díaz, Manuel. Universidad de Sevilla

Delgado Pérez, María Mercedes. Universidad de Sevilla

Falque Rey, Enma . Universidad de Sevilla

Maldonado Alemán, Manuel. Universidad de Sevilla

Montero Delgado, Juan. Universidad de Sevilla

Pérez Pérez, María Concepción. Universidad de Sevilla

Prieto Pablos, Juan Antonio. Universidad de Sevilla

Utrera Torremocha, María Victoria. Universidad de Sevilla

### COMITÉ CIENTÍFICO

Avramovici, Jean-Christophe. Université Paris-Sorbonne

Calvo Rigual, Cesáreo. Universidad de Valencia

Carriedo López, Lourdes. Universidad Complutense

Costa, Virgilio. Universidad Tor Vergata (Roma)

Galván, Fernando. Universidad de Alcalá de Henares

Gargano, Antonio. Università degli Studi di Napoli Federico II

Gibert, Teresa. Universidad Nacional de Educación a Distancia

Gil Fernández, Juan. Real Academia Española

Gómez Camarero, Carmen. Universidad de Málaga

Gualandri, Isabella. Università degli Studi di Milano

Marello, Carla. Università degli Studi di Torino

Marx, Friedhelm. Otto-Friedrich-Universität Bamberg

Pérez Jiménez, Aurelio. Universidad de Málaga

Puig Montada, Josep. Universidad Complutense

Siguán, Marisa. Universidad de Barcelona

Valis, Noël. Yale University

# LA VIRGEN SIRENA

Stratis Mirivilis

Prefacio, introducción, traducción y notas de  
Carmen Vilela Gallego

LITERATURA  
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2024

# LITERATURA

Nº 173

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

COMITÉ EDITORIAL

DE LA EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Araceli López Serena [Directora]

Elena Leal Abad [Subdirectora]

Concepción Barrero Rodríguez

Rafael Fernández Chacón

María Gracia García Martín

María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Manuel Padilla Cruz

Marta Palenque

María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda

Marina Ramos Serrano

José-Leonardo Ruiz Sánchez

Antonio Tejedor Cabrera

La presente traducción está basada en la edición griega original, [Η Παναγιά η Γοργόνα. Στράτη Μυριβίλη. Μυθιστόρημα]  
[*I Panayía / Gorgona. Stratis Mirivilis. Mizistórima*].

Motivo de cubierta: Ilustración de Marios Anguelópulos [Μάριος Αγγελόπουλος] para la primera edición de esta obra, publicada en 1948 por la Editorial Hestia. Ilustración cedida por las herederas de S. Mirivilis y por la propia L. Hestia para nuestra edición en español.

© Herederos de Stratis Mirivilis, 2024

© Carmen Vilela Gallego [Prefacio, introducción, traducción y notas], 2024

© Editorial Universidad de Sevilla, 2024

c/ Porvenir, 27 41013 Sevilla

<https://editorial.us.es> / [info-eus@us.es](mailto:info-eus@us.es)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

DL: SE-1708-2024

ISBN: 978-84-472-2623-8

Impreso en papel ecológico.

Diseño de cubierta: Julia de Grabiél [juliadgart@gmail.com]

Maquetación: Cuadratin Estudio

Impresión: Podiprint

# Índice

|  |    |
|--|----|
| Prefacio . . . . .   | 11 |
| Contexto histórico . . . . .   | 11 |
| El Gran Ideal [ <i>I Megali Idea</i> ] . . . . .   | 15 |
| La <i>Gran Catástrofe</i> y sus consecuencias. . . . .   | 15 |
| El Tratado de Lausana y el intercambio de poblaciones. Negociaciones<br>y términos del acuerdo . . . . .                                 | 18 |
| Problemas de superpoblación y aceptación de los refugiados en Grecia . . . .   | 22 |
| Proceso de asentamiento y asimilación de los refugiados . . . . .  | 23 |
| Consecuencias políticas de la <i>Gran Catástrofe</i><br>y de la llegada de los refugiados . . . . .                                      | 24 |
| Luces y sombras del Tratado de Lausana . . . . .   | 26 |
| Introducción . . . . .   | 29 |
| Stratis Mirivilis. Vida y Obra . . . . .   | 29 |
| El segundo periodo de su obra (1933-1969) se inicia con su llegada a Atenas . .  | 34 |
| Mirivilis y la Generación de los años '30 . . . . .  | 35 |
| La Escuela Eolia y la <i>Primavera Eolia</i> . La dramática experiencia<br>de la Guerra y de la <i>Gran Catástrofe</i> de 1922 . . . . . | 37 |
| Ideología y pensamiento de Mirivilis. . . . .  | 39 |
| La <i>Virgen Sirena</i> . . . . .  | 40 |
| Argumento de la obra . . . . .   | 41 |

|                                       |    |
|---------------------------------------|----|
| Gestación de la novela . . . . .      | 42 |
| Mirivilis y el costumbrismo . . . . . | 44 |
| Los personajes . . . . .              | 46 |
| Esmeralda . . . . .                   | 46 |
| La vieja Permajula. . . . .           | 48 |
| El maestro Avgustí . . . . .          | 49 |
| Varujos . . . . .                     | 50 |
| Panayotis Lacios. . . . .             | 51 |
| Fortis Comninós. . . . .              | 51 |
| Lambis . . . . .                      | 52 |
| El capitán Elías . . . . .            | 52 |
| <i>El Barbudo</i> . . . . .           | 53 |
| Lengua y estilo . . . . .             | 54 |
| Sobre la traducción. . . . .          | 56 |
| Agradecimientos . . . . .             | 59 |
| Bibliografía . . . . .                | 61 |

## La Virgen Sirena

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| Capítulo I . . . . .    | 69  |
| Capítulo II . . . . .   | 83  |
| Capítulo III . . . . .  | 93  |
| Capítulo IV . . . . .   | 99  |
| Capítulo V . . . . .    | 105 |
| Capítulo VI . . . . .   | 113 |
| Capítulo VII . . . . .  | 127 |
| Capítulo VIII . . . . . | 133 |
| Capítulo IX . . . . .   | 139 |
| Capítulo X . . . . .    | 147 |
| Capítulo XI . . . . .   | 157 |

|                           |     |
|---------------------------|-----|
| Capítulo XII . . . . .    | 161 |
| Capítulo XIII . . . . .   | 165 |
| Capítulo XIV . . . . .    | 171 |
| Capítulo XV . . . . .     | 179 |
| Capítulo XVI . . . . .    | 183 |
| Capítulo XVII . . . . .   | 191 |
| Capítulo XVIII . . . . .  | 199 |
| Capítulo XIX . . . . .    | 203 |
| Capítulo XX . . . . .     | 209 |
| Capítulo XXI . . . . .    | 217 |
| Capítulo XXII . . . . .   | 225 |
| Capítulo XXIII . . . . .  | 237 |
| Capítulo XXIV . . . . .   | 249 |
| Capítulo XXV . . . . .    | 255 |
| Capítulo XXVI . . . . .   | 265 |
| Capítulo XXVII . . . . .  | 273 |
| Capítulo XXVIII . . . . . | 279 |
| Capítulo XXIX . . . . .   | 287 |
| Capítulo XXX . . . . .    | 293 |
| Capítulo XXXI . . . . .   | 301 |
| Capítulo XXXII . . . . .  | 305 |
| Capítulo XXXIII . . . . . | 309 |
| Capítulo XXXIV . . . . .  | 315 |
| Capítulo XXXV . . . . .   | 321 |
| Capítulo XXXVI . . . . .  | 325 |
| Capítulo XXXVII . . . . . | 333 |

|                            |     |
|----------------------------|-----|
| Capítulo XXXVIII . . . . . | 341 |
| Capítulo XXXIX . . . . .   | 349 |
| Capítulo XL. . . . .       | 361 |
| Capítulo XLI . . . . .     | 371 |
| Capítulo XLII. . . . .     | 381 |
| Capítulo XLIII . . . . .   | 387 |
| Capítulo XLIV . . . . .    | 399 |
| Capítulo XLV. . . . .      | 409 |
| Capítulo XLVI . . . . .    | 413 |
| Capítulo XLVII. . . . .    | 423 |
| Capítulo XLVIII . . . . .  | 427 |
| Capítulo XLIX . . . . .    | 431 |
| Capítulo L. . . . .        | 437 |
| Capítulo LI . . . . .      | 445 |
| Capítulo LII. . . . .      | 451 |
| Capítulo LIII . . . . .    | 459 |
| Capítulo LIV . . . . .     | 469 |

# PREFACIO

## Contexto histórico

Al finalizar la Guerra de Independencia, iniciada con la insurrección de 1821, y tras la intervención de las potencias europeas –Gran Bretaña, Francia, Rusia y Baviera– en la Convención de Londres de 1832, Grecia se convirtió en un Estado en el que se impuso como rey a Otto von Wittelsbach Glücksburg, rama de los Oldenburg, de la casa real danesa. Desde 1844 el nuevo Estado se configuró como monarquía parlamentaria, según la constitución aprobada ese año.

El recién creado Estado griego comprendía exclusivamente el territorio liberado hasta entonces, es decir, el Peloponeso, el Ática y poco más, en el que habitaba menos de un tercio de la población de habla griega del conjunto del Imperio otomano. Por tanto, los poderes políticos griegos, desde su misma creación, tuvieron como meta configurar un Estado-nación en el que las fronteras culturales (incluyendo la lengua o la ascendencia común) coincidieran con las políticas. Para conseguir este objetivo se propusieron, de una parte, la anexión paulatina de territorios aún no liberados, los llamados «irredentos», y de otra, la unión de todos los griegos del Levante mediterráneo, los llamados «heteróctonos», habitantes de cualquier territorio histórico, pero la mayoría de ellos súbditos del sultán otomano asentados en la otra orilla del Egeo, que prosperaban como banqueros, comerciantes o empresarios y que, aunque se sentían herederos de la lengua y la cultura

griegas, no tenían el menor deseo de volver al recién creado Estado, que no podía ofrecerles las ventajas económicas de las que gozaban en Anatolia.

Fue así como comenzó a fraguarse como ideología dominante del nuevo Estado el llamado *Gran Ideal* [ *Megali Idea*]; es decir, la restauración de las fronteras del Imperio Bizantino, estableciendo como capital Constantinopla. Esta ideología, que resultaría catastrófica, determinó desde su origen toda la política interior y exterior de Grecia hasta su derrota en la guerra greco-turca de 1922.

Fiel a su política expansionista, en 1854, con ocasión de la guerra de Crimea, en la que las potencias europeas se disputaban las tajadas de la posible desmembración del Imperio Otomano –«la Cuestión de Oriente», como se llamó en la diplomacia europea– Grecia se alió con Rusia, autoproclamada protectora de la ortodoxia y de los eslavos.

En 1862, tras el golpe militar contra el rey Otón, prorruso, y su sustitución por las grandes potencias por otro príncipe danés, Jorge I, Grecia consigue la cesión de las islas jónicas, bajo el control de Gran Bretaña hasta ese momento.

Las subsiguientes crisis balcánicas, consecuencia del auge del nacionalismo entre los diferentes pueblos de esta zona geográfica ante la progresiva debilidad del Imperio otomano, favorecerá a Grecia, que por el Tratado de San Stefano (1878) conseguirá anexionarse Tesalia y Artá, a costa de Bulgaria.

Tras estas concesiones, las grandes potencias, temerosas de que el nuevo Estado griego consiguiera más poder del que ellas estaban dispuestas a concederle, se opusieron a más anexiones. Pero en 1912 Grecia se alía con Serbia y Bulgaria para expulsar a los ejércitos otomanos de los Balcanes, dando lugar a las Guerras Balcánicas (1912-1913), cuyo fin oculto era la lucha por Macedonia, un territorio codiciado por griegos, búlgaros, valacos, serbios y turcos. De este litigio Grecia salió con enormes beneficios territoriales, entre ellos, la ciudad de Salónica (en la que el ejército griego logró entrar pocas horas antes del avance de los búlgaros) y Yánina (Epiro), además de la liberación de las islas de Quíos, Lesbos y Samos.

A la larga, las Guerras Balcánicas tuvieron un papel decisivo en el deterioro de la convivencia de musulmanes y cristianos en Anatolia porque cientos de miles de musulmanes que vivían en los Balcanes huyeron a Constantinopla y al norte y oeste del país, ocupando viviendas de griegos ortodoxos. El conflicto estaba servido.

En 1912, Grecia era la más pujante de las nuevas naciones balcánicas surgidas del deterioro del Imperio otomano, y su sentimiento nacionalista

(cada vez más virulento), basado en la idea del Estado-nación, influía de forma evidente en las otras comunidades.

Hasta ese momento, el ya caduco Imperio otomano era una teocracia musulmana organizada en diferentes comunidades confesionales (*millets*), al frente de las cuales había un jefe responsable ante el sultán del comportamiento de su grey. Lo que realmente diferenciaba a los súbditos del sultán, en cuanto a su papel en la sociedad, los impuestos que debían pagar y las leyes por las que serían juzgados, era su religión, no la lengua que hablaran, las costumbres que tuvieran o la etnia a la que pertenecieran. Por ejemplo, un cristiano que viviera en Anatolia, hablara turco o griego, se sentía habitante de una ciudad, de una región, o súbdito del Imperio, pero nunca se definiría como griego, un término que solo se aplicaba a los ciudadanos del nuevo reino de Grecia. Como mucho, si hablaba griego, podría definirse como *romeo*, una caracterización de los cristianos otomanos que tenían sus raíces en el Imperio bizantino o Imperio romano de Oriente.

Pero al final de la época otomana, con la llegada de los nacionalismos, el gran Imperio otomano multicultural no fue sustituido por democracias multiculturales, sino por múltiples estados etnocéntricos en los que la religión cedió su puesto al *ethnos* como elemento básico de identidad. Aunque esto sucedió solo en teoría, porque en la práctica, en las sociedades tradicionales del Imperio otomano los vínculos religiosos eran tan fuertes que no pudieron ser sustituidos y los jerarcas religiosos del mundo otomano se convirtieron en coprotagonistas del diseño de los estados, junto con los políticos<sup>1</sup>. De tal manera que en los nuevos Estados-nación la confesión religiosa se impuso como criterio de identidad nacional. Los nuevos ciudadanos ahora eran «ortodoxos griegos», «ortodoxos serbios» u «ortodoxos albaneses».

Y lo mismo sucedió en la nueva República turca. Cuando en 1919 Mustafá Kemal, líder carismático del partido reformista turco de corte nacionalista,

---

<sup>1</sup> La Iglesia ortodoxa ocupó un papel fundamental como socio de los poderes públicos en la empresa de la creación y consolidación del nuevo Estado-nación griego, desde su fundación en 1931. La Ortodoxia consagró el Estado con su presencia en todo tipo de manifestaciones públicas, desde la apertura del Parlamento hasta la inauguración de un edificio. En el terreno privado, la liturgia, los sacramentos y las fiestas religiosas con ceremonias como la Pascua y la Transfiguración o la Bendición de las Aguas contribuyeron a la cohesión del tejido social y sirvieron para amortiguar los enfrentamientos. Por eso, en Grecia y también en Turquía el Estado se tomó muy en serio la enseñanza de la religión oficial en las escuelas y la confesionalidad religiosa, por más que la República turca se declarara laica en el papel.

llamado Movimiento de los Jóvenes Turcos, decide fundar un nuevo Estado laico en el que los turcos musulmanes serían los dueños de su destino, pese a la retórica nacionalista de la nueva República turca, que se declaraba aconfesional, en la práctica, Kemal no pudo prescindir de la religión musulmana, a la que pertenecía la mayoría de su pueblo. Con buen sentido práctico, pensó que, si la creencia en el islam servía para consolidar este nuevo Estado y darle cohesión, daba por bien empleado contar con el factor religioso.

En 1914 estalla la I Guerra Mundial, en la que Gran Bretaña, Rusia y Francia –la Triple Entente– se enfrentan con Alemania y Austria –los Imperios centrales, a los que se suman Italia y el Imperio otomano–. Esta lucha convirtió a Anatolia en un matadero. Cientos de miles de soldados turcos murieron combatiendo contra rusos y británicos y toda la población de Armenia que vivía en diferentes zonas de Anatolia, fue empujada hacia el sur y perdieron la vida más de 600 000 armenios. También los cristianos ortodoxos del Ponto occidental y del interior fueron obligados a abandonar sus casas, acusados por los turcos de colaborar con las fuerzas del zar.

En Grecia, Elefcerios Veniselos, primer ministro a la sazón, defendía la entrada en la guerra del lado de la Triple Entente, argumentando –con la mente siempre puesta en ampliar fronteras hasta lograr la Gran Grecia (el *Gran Ideal*)– que, a cambio de su participación en la guerra, el país recibiría nuevos territorios. Por el contrario, el rey Constantino, aunque compartía los objetivos expansionistas de su primer ministro, era favorable a los Imperios centrales. Las diferencias entre los partidarios de Veniselos y los monárquicos dará lugar a una división entre griegos, el llamado Cisma Nacional, que caracterizó la política del país en el periodo de entreguerras. La situación política se fue complicando y, a finales de 1916, el país tenía dos gobiernos rivales disputándose el poder: el gobierno monárquico, en Atenas, fiel a Constantino, y el gobierno leal a Veniselos, en Salónica. La Entente decidió reconocer el gobierno de Veniselos y el rey Constantino tuvo que abdicar en 1917. La alianza de Grecia con la Triple Entente provocará que los griegos de Asia Menor tuvieran que emprender el exilio.

Los avances territoriales de Grecia continúan después de la I Guerra Mundial. En la Conferencia de la Paz de París, en 1919, Grecia consiguió las islas de Imbros y Tenedos, casi toda Tracia y el derecho a ocupar la región de Esmirna, en Asia Menor, con casi ochocientas mil personas de lengua griega. No obstante, se le impidió anexionarse Constantinopla y sus alrededores y los estrechos (Dardanelos y Bósforo) y además tuvo que aceptar que

las islas del Dodecaneso pasasen a Italia y el norte del Epiro a Albania. El Tratado de Sèvres de 1920 confirmaría la continuidad del dominio griego de Esmirna por cinco años.

## El Gran Ideal [*I Megali Idea*]

En 1919 se produce la gran confrontación entre griegos y turcos en Anatolia. Veniselos, con las bendiciones de las potencias de Occidente, decide tomar Esmirna, el puerto más rico del Egeo, con la terrible consecuencia de la masacre de miles de turcos, una más dentro de la serie que por ambas partes se venían produciendo desde 1913. Entonces estalla la llamada guerra greco-turca (1919-1922).

En 1921, las potencias occidentales, impelidas a cercar al gobierno bolchevique de Rusia, vencedor ya de la guerra civil, deciden hacer las paces con Mustafá Kemal declarándose neutrales en el conflicto greco-turco. El gobierno griego, pese a no contar con el apoyo de sus supuestos aliados de Occidente, ordena el avance del ejército en Anatolia, matando y expulsando a su paso a ciudadanos turcos en la región del mar de Mármara.

En 1922, el ejército de los Jóvenes turcos derrota a Grecia. La política aventurista de Veniselos y su afán expansionista toca a su fin. El llamado *Gran Ideal* termina en la *Gran Catástrofe* [*I Megali Catastrofi*], el mayor desastre para Grecia en Asia Menor cuyas consecuencias serían terribles para el pueblo y para el Estado griegos.

## La *Gran Catástrofe* y sus consecuencias

El año 1922 marca el fin de la vida de los griegos en Asia Menor, donde habían prosperado de una u otra forma durante 3000 años. El 9 de septiembre de ese año la caballería de Kemal entró victoriosa en Esmirna, volviendo a denominarla Izmir. Durante los últimos tres años, la ciudad había gozado de una vida cosmopolita y palpitaba de actividad y riqueza. La ópera, los cafés, y todas las sedes de empresas comerciales funcionaban con normalidad. Cuando llegaron los conquistadores, casi todo se había convertido en cenizas y decenas de miles de personas habían muerto abrasadas o ahogadas en sus infructuosos intentos por embarcar en buques ingleses, franceses o americanos que, anclados en las proximidades del puerto, observaban el desastre con pasividad.

La derrota de Grecia supuso una tremenda convulsión en Anatolia. Cientos de miles de griegos y de cristianos seguían aterrorizados al ejército griego que se retiraba hacia la costa, cometiendo a su paso todo tipo de atrocidades contra las poblaciones de habla turca. Los vencedores turcos, por su parte, se vengaron asesinando a la población local cristiana ortodoxa, sin tener en cuenta edad ni sexo. Oleadas de refugiados, pensando que estarían más seguros en la capital, afluían a Constantinopla, que ya había sido inundada por miles de musulmanes llegados de la Anatolia profunda, víctimas de la locura destructora del ejército griego. Pero lo más terrible fue la masacre de Esmirna. En aquella época vivían en la ciudad y sus alrededores más de 200 000 cristianos ortodoxos, a los que se sumaron 150 000 refugiados llegados de las regiones del este. Más de 30 000 griegos y armenios fueron asesinados.

Tras su victoria, Mustafá Kemal declaró que las minorías cristianas no tenían cabida en la nueva República que iba a crear. Todos los hombres en edad de trabajar fueron hechos prisioneros y enrolados en batallones de trabajo con el pretexto de que debían asumir las reparaciones de los destrozos que había provocado el ejército griego. Ancianos, mujeres y niños dispusieron de un plazo de quince días para marcharse. Esto suponía un auténtico desastre para Grecia que, con 4 millones y medio de habitantes, se vería obligada a recibir y absorber al menos un millón doscientos mil refugiados.

Al norte de Esmirna, enfrente de Lesbos, se encuentra la ciudad costera de Aivalik, separada del norte de la isla por un estrecho brazo de mar de unos 9 km. Las casas y los huertos de uno y otro lugar se ven desde ambas orillas.

Nos detendremos brevemente en esta zona de Anatolia porque es el *leitmotiv* de la novela que nos ocupa, ya que de esta ciudad procedían los protagonistas de la historia que en ella se relata, llegados a Lesbos como refugiados después de la *Gran Catástrofe*.

En la ciudad que los griegos llamaban Aivalí<sup>2</sup> y los turcos Aivalik, vivía una próspera comunidad griega, que, aunque menor que la de Esmirna, se consideraba a sí misma un bastión del helenismo y del emprendimiento económico, y que desde 1775 gozaba de importantes privilegios concedidos por los gobiernos otomanos, entre ellos, el derecho a continuar siendo una comunidad exclusivamente griega y cristiana. Durante la mayor parte de su historia, Aivalí y Mitilene, capital de Lesbos, formaron una unidad cultural y

---

<sup>2</sup> Kydonias en la Antigüedad, nombre que igualmente hacía referencia a su belleza y a sus feraces tierras de cultivo.

económica. A finales del siglo XIX, los griegos otomanos de ambas orillas del Egeo prosperaban bajo la hegemonía del sultán. En los dos últimos siglos, las dos gozaban de una importante actividad agrícola y comercial y exportaban a los confines del mundo la aceituna y sus derivados, como el aceite y el jabón. Pero la crisis entre griegos y turcos provocada por las Guerras Balcánicas afectó a ambas comunidades. Con la anexión de Mitilene a Grecia (1912) y los saqueos y degüellos llevados a cabo durante la contienda por grupos armados descontrolados, multitud de refugiados musulmanes procedentes de los Balcanes huyeron a Aivalí y, a su vez, expulsaron de sus casas a muchos cristianos que vivían tierra adentro, para ocupar sus viviendas y sus campos.

Sin embargo, en 1919 la ciudad de Aivalí volvía a estar en todo su esplendor. Disponía de hermosas iglesias y famosas escuelas, así como de una imponente flota pesquera y grandes mercados de productos agrícolas, que la política no tardaría en hacer desaparecer para siempre.

Enterados en Aivalí de los sucesos de Esmirna, se ordenó a la población local que permaneciera en la ciudad hasta la llegada del ejército vencedor. Como gesto de buena voluntad, los barcos debían quedar amarrados en el puerto, sin permitir a sus dueños embarcar. El Consejo de la ciudad esperaba que con esta medida se suavizaran las relaciones con los vencedores. Sin embargo, con la llegada de los turcos, se hizo patente que la coexistencia de turcos y griegos había terminado. Los varones capacitados fueron enviados a batallones de trabajo y los viejos, mujeres y niños, deportados a Grecia inmediatamente. En la cercana isla llamada en griego Mosconisi y en turco Tsunda, todos los habitantes fueron hechos prisioneros o asesinados.

Los nacionalistas turcos culparon de las matanzas de Aivalik al ejército griego por haber invadido Anatolia. Los *romeos* pagaron con su sangre y sus sufrimientos el apoyo que prestaron al invasor griego y perdieron para siempre el derecho a vivir en Asia Menor. Bastante fue que salieran con vida. Por su parte, los griegos justificaron su afán expansionista por su obligación de liberar a sus compatriotas «no redimidos» que vivían fuera de las fronteras del Estado y que algún día tendrían que formar parte de él, como si la liberación consistiera en que cada cual fuera gobernado por su propio Estado-nación.

La expulsión de los griegos de Aivalik, en 1922, es solo una de las innumerables historias de deportaciones y de llegada de refugiados que dieron a la ciudad su aspecto actual. La mayoría de sus habitantes actuales tienen sus raíces en Creta, descendientes de familias musulmanas que fueron desarraigadas obligatoriamente de sus patrias chicas en 1923-1924, según los acuerdos de Lausana. Unos, los llegados de Creta, eran pescadores y campesinos

que hablaban una modalidad del dialecto antiguo cretense. Otros procedían de Mitilene y, los más viejos de ellos, mucho después de su llegada seguían oteando el mar buscando una isla con montañas poco elevadas, olivares y bosques de pinos.

## El Tratado de Lausana y el intercambio de poblaciones. Negociaciones y términos del acuerdo

La terrible situación creada en Anatolia por la sucesión de asesinatos y venganzas, cometidos por ambas partes en los múltiples conflictos habidos, y la decisión de Mustafá Kemal, tras su última victoria, de expulsar a los griegos, llevó a las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial a buscar una solución drástica a los problemas. La mejor que encontraron fue el intercambio masivo de poblaciones musulmanas y ortodoxas. Ya desde el otoño de 1922, aunque no se decía abiertamente, se pensaba en este intercambio como la única salida. Por otra parte, no era la primera vez que en los Balcanes se movían poblaciones de forma masiva.

También Veniselos y Mustafá Kemal veían con buenos ojos el intercambio. Kemal, porque tras la invasión de Turquía por Grecia ya no se fiaba de los griegos ortodoxos de Anatolia, y, decidido a expulsarlos como estaba, consideró que era mucho mejor para la imagen internacional del nuevo Estado, hacerlo con el consentimiento de Grecia y las grandes potencias. Veniselos, por su parte, consciente de que había fracasado su visión de la Gran Grecia que se extendía en dos continentes (el *Gran ideal*), veía en el intercambio de poblaciones una extraordinaria oportunidad de consolidar al menos los territorios ganados en el norte sustituyendo a los musulmanes por cristianos de Anatolia. De este modo, el Estado-nación griego contaría con una población homogénea religiosa y étnicamente. Por otra parte, sin la salida de la población musulmana de Grecia, con el consentimiento de Turquía y de la Sociedad internacional (o sin él, si fuera necesario), el Estado griego no podría absorber a los refugiados greco-ortodoxos y estabilizarse.

Igualmente, a las potencias occidentales vencedoras de Turquía y de los Imperios alemán y austrohúngaro en la I Guerra Mundial, el intercambio de poblaciones les parecía la única solución posible para asegurar la paz en Oriente Próximo, condición necesaria para garantizar la seguridad de sus intereses: Gran Bretaña, tener acceso libre a los Estrechos para disfrutar del tráfico marítimo entre el mar Negro y el Egeo –que controlaría el nuevo

estado turco-, y el control de los yacimientos petrolíferos de Mosul, en Irak, una zona de Mesopotamia habitada por curdos, que ahora estaba bajo intervención británica. En cuanto a Francia e Italia, que habían apoyado la expedición militar de Kemal contra Grecia, esperaban mantener los privilegios económicos que tenían con el sultán, exención de impuestos e inmunidad jurídica.

Así las cosas, en noviembre de 1922 se celebró una Conferencia en Lausana (a orillas del lago suizo de Lemán) que reunió a representantes de Turquía y de todos sus adversarios en la I Guerra Mundial –y otros estados en calidad de observadores, entre ellos, Estado Unidos– para comenzar las negociaciones relativas a los términos en que se llevaría a cabo el intercambio de griegos y turcos, cristianos y musulmanes. Veniselos, el político griego más relevante del momento, aunque se encontraba en el exilio, representó a Grecia en estas negociaciones de paz que culminaron en el Tratado de Lausana de 1923.

Elefcerios Veniselos es el líder carismático de la Grecia moderna, representante del liberalismo republicano de influencia francesa. Nombrado primer ministro en 1910 por primera vez, dominó la política griega durante tres décadas, ya fuese en la escena central o desde el destierro. Se inició en política en su patria chica, Creta, como líder de un partido que pedía la completa unión a Grecia, oponiéndose a la presencia del príncipe Jorge de los Helenos como Príncipe Regente en la isla, que ahora se había convertido en un Principado autónomo bajo soberanía otomana, sin que en ningún caso pudiera formar parte de Grecia. En 1922, pese a la terrible situación en la que se encontraba la Grecia derrotada, Veniselos gozaba de un enorme apoyo moral porque los errores del *Gran Ideal* no se le atribuían a él, sino al rey Constantino y a los partidarios de la monarquía, pues cuando las cosas empezaron a torcerse, el líder liberal ya no estaba en el centro de la vida política porque había perdido las elecciones en 1920. En cambio, se le seguía recordando como el artífice de los logros conseguidos en las Guerras Balcánicas y en la Primera Guerra Mundial, entre otros, la ocupación de Salónica y de Esmirna. Así, cuando un grupo de exaltados antimonárquicos tomó el poder en Atenas, en septiembre de 1922, y mandó al destierro al rey Constantino, hicieron venir a Veniselos para que representara a Grecia ante la Sociedad mundial por el prestigio del que disfrutaba entre los mediadores internacionales.

En principio, todos los asistentes a la Conferencia estuvieron de acuerdo en que un intercambio de las poblaciones de Asia Menor, con el consentimiento de los dos Estados afectados, pondría fin a una década de conflictos

entre turcos y griegos y aseguraría la paz en Oriente Próximo. Es decir, era preciso que los griegos de Anatolia abandonaran su lugar de procedencia de forma legal y pactada –cosa que de todos modos iba a suceder con acuerdo o sin él, en condiciones inhumanas– y que los musulmanes que vivían en Grecia se marcharan a Turquía para «hacer sitio» a los refugiados que llegarían al nuevo Estado griego.

Dicho así, parecía muy simple. Pero las cosas eran mucho más complejas.

De una parte, los acuerdos que se iban a adoptar tendrían consecuencias para todos los implicados. Gran Bretaña perdería su derecho a intervenir en los asuntos del Próximo Oriente. Los nuevos líderes antimonárquicos de Grecia tendrían que olvidarse de sus sueños de restaurar el Imperio bizantino (el *Gran Ideal*) que había distorsionado la política exterior del recién creado Estado griego durante el primer siglo de su existencia. Para Turquía señalaba el fin de un Imperio teocrático y el nacimiento de una nueva República laica que quería ser homogénea y no multicultural.

Pero, además, durante las negociaciones, tanto los turcos como los griegos imponían unas condiciones aparentemente insalvables. Los turcos no aceptaban que hubiera en su Estado minorías con privilegios especiales o protegidas por fuerzas extranjeras, y tampoco consentían que se reservara un territorio en Anatolia para convertirlo en patria de los armenios. Los griegos, por el contrario, exigían que del intercambio fuesen excluidos los habitantes cristianos ortodoxos de Constantinopla, la sede del Patriarcado y el propio Patriarca, su líder religioso, pero con importante poder político. Esto era inadmisibles para los turcos quienes, a su vez, exigían que se excluyeran del intercambio a los cristianos ortodoxos de Capadocia que hablaban turco y no griego y que vivían en perfecta armonía con sus vecinos musulmanes –prueba viviente de que las diferencias entre «griegos» y «turcos» no eran tan decisivas, porque a las gentes sencillas los nacionalismos étnicos les traían sin cuidado–, así como a los musulmanes que vivían en Tracia occidental y en Macedonia, territorios que ahora formaban parte del Estado griego. Y lo mismo sucedía con los musulmanes de Creta, que, aunque no eran cristianos ortodoxos, se consideraban tan griegos como ellos y no querían abandonar su tierra<sup>3</sup>. A todo ello hay que añadir las reticencias de los

---

<sup>3</sup> En el espectro griego/turco, súbditos ambos del Imperio otomano, había mucha ambigüedad. Un campesino cristiano otomano de un pueblo de Capadocia estaba bajo la jurisdicción del patriarca ortodoxo de Constantinopla no solo en cuestiones de fe, sino

observadores de Estados Unidos, que se sentían obligados a apoyar la cuestión de los armenios por las presiones de los círculos progresistas norteamericanos, escandalizados ante los sufrimientos de los cristianos de Anatolia.

Tras dos meses de discusiones sin que se viera el fin, el 30 de enero de 1922 Mustafá Kemal y Veniselos ya habían firmado un acuerdo según el cual los intercambios comenzarían en mayo de ese mismo año, quedando exentos de trasladarse los cristianos ortodoxos griegos que vivían en Estambul desde 1912 –y el patriarca de Constantinopla, aunque con sus funciones limitadas a lo estrictamente espiritual–, y los musulmanes que habitaban la Tracia occidental. Todos los demás, tanto los musulmanes de Creta que solo hablaban griego como los cristianos de Capadocia, cuya lengua era el turco, estaban obligados a salir de sus tierras para instalarse en los nuevos estados con los que cuadraban sus creencias religiosas. Personas que pertenecían a la religión «equivocada» no podían ser consideradas de la misma etnia, aunque hablaran su lengua.

Paradójicamente, en el antiguo modelo otomano, pese a su dureza y su autarquía, los cristianos y los musulmanes podían coexistir pacíficamente. Pero en los nuevos Estados nacionalistas que emergían de la descomposición del Imperio, la coexistencia de comunidades y religiones dentro de una misma nación no estaba permitida. Tanto Turquía como Grecia querían crear un Estado unitario con una lengua, una religión y una conciencia étnica homogéneas y, obviamente, vinculaban la ortodoxia con Grecia y el islam con Turquía.

De este modo, en el intercambio de poblaciones solo se tuvo en cuenta la religión de una y otra parte y los intereses internacionales. Nadie preguntó a las poblaciones afectadas si querían marcharse o no de sus tierras de origen. Las obligaron a salir dejando atrás todas sus propiedades, sus costumbres, sus amigos y las tumbas de sus mayores. En definitiva, sus vidas. De ahí el tremendo drama que supuso el Tratado de Lausana y que tan fielmente queda reflejado en la novela *La Virgen sirena*, de Mirivilis.

---

también en determinados rituales religiosos relacionados con su vida cotidiana como el nacimiento, el matrimonio y la muerte o las fiestas religiosas, así como en asuntos de educación (suponiendo que fuera a la escuela). Pero al mismo tiempo era súbdito del sultán y hablaba la misma lengua que los demás súbditos, es decir, el turco. Y lo mismo sucedía con los cristianos ortodoxos ricos habitantes de Estambul. Eran de lengua y cultura griegas y religión ortodoxa, pero ciudadanos del Imperio otomano.

Por último, en los protocolos de Lausana se contemplaba también una compensación económica al Estado que hubiera salido más perjudicado económicamente del intercambio. Esta indemnización sería responsabilidad del más beneficiado, pero la cuantía quedaba pendiente en tanto no se hubiera concretado a cuánto ascendían las pérdidas de ambos. De los armenios nadie se ocupó. Al final serían borrados del mapa por los turcos, sin que ningún Estado moviera un dedo.

## Problemas de superpoblación y aceptación de los refugiados en Grecia

Según los términos del Tratado de Lausana, más de 1 200 000 cristianos de Asia Menor tuvieron que salir de su tierra y marchar a Grecia<sup>4</sup>, y cerca de 300 000 musulmanes, muchos de ellos nacidos en Grecia o en Creta, se vieron obligados a instalarse en la recién constituida República turca. Obviamente, los habitantes griegos de Aivalí y los turcos que vivían en Lesbos se vieron afectados. El cumplimiento oficial de los traslados se retrasó casi un año, hasta que se cerraron los acuerdos que regularían las relaciones de Turquía con el resto del mundo.

La drástica medida tuvo en las comunidades afectadas terribles consecuencias de desarraigo. Cada una de las dos perdió una parte de su identidad y, por otra parte, la nostalgia de lo que habían dejado atrás exacerbó las tensiones.

Por si fuera poco abandonar la propia tierra, los habitantes de la Grecia liberada mostraban graves prejuicios contra los recién llegados, gentes desarrapadas, con una forma de hablar y unas costumbres extrañas, por más que fueran griegos y quisieran serlo. Los culpaban de todos los males y los insultaban llamándolos «siente de turcos». Por el contrario, muchos de los refugiados procedentes de las grandes ciudades otomanas, como Esmirna, que habían tenido buena situación económica y disfrutaban de un refinado modo de vida, menospreciaban a su vez lo que para ellos eran las costumbres provincianas de los habitantes de la Vieja Grecia.

---

<sup>4</sup> A ellos hay que añadir la llegada de unos 100.000 desplazados desde el sur de Rusia y Ucrania.

## Proceso de asentamiento y asimilación de los refugiados

La llegada de más de un millón de personas a un Estado de poco más de cuatro millones de habitantes significó un enorme reto. Muchos de ellos eran campesinos o pescadores pobres que venían con lo puesto y no disponían de un techo donde cobijarse.

Para llevar a cabo el proceso de acogida e integración de los recién llegados, se creó la Comisión de Asentamiento de los Refugiados, cuya misión no era otra que encontrarles acomodo y buscarles trabajo. La creación de este organismo fue iniciativa de Henry Morgenthau<sup>5</sup>, empresario y diplomático estadounidense, conocido sobre todo por haber sido embajador de Estados Unidos en el Imperio otomano durante la Primera Guerra Mundial.

En líneas generales, el trabajo de la Comisión, hasta su disolución, en 1930, fue muy eficaz, en colaboración con el Estado. Consiguió créditos para construir viviendas o restaurar las que habían dejado los musulmanes, habilitó tierras de cultivo y distribuyó parcelas en zonas rurales del norte de Grecia, facilitó semillas, abonos y útiles de labranza, así como animales de carga o de carne. Contrató ingenieros agrícolas para asesorar a los agricultores sobre fertilizantes y rotación de cultivos, etc., facilitando la integración de la población campesina en su nuevo ambiente. En las ciudades y aldeas promovió nuevos trabajos artesanales, como el tejido de alfombras por las mujeres o la cría de gusanos de seda y el tratamiento de la seda natural, productos que exportaban a Estados Unidos, sobre todo. Pero el crack económico del 29 cortó la demanda de productos de importación y las industrias decayeron, de tal manera que en las zonas urbanas que estaban superpobladas y eran insalubres, el éxito de los asentamientos fue más difícil. Muchos de los refugiados que no fueron instalados en el campo pasaron a formar parte del «excedente» del mercado laboral y se vieron obligados a llevar una existencia que rayaba en la pobreza absoluta, en la periferia de las grandes ciudades e incluso en las islas, donde sus míseros barrios de refugiados conservaron una identidad y un *ethos* radical muy característico hasta bien pasada la Segunda Guerra Mundial.

---

<sup>5</sup> Henry Morgenthau (1856-1946). En 1919, encabezó la misión gubernamental a Polonia que elaboró el llamado *Informe Morgenthau* y participó en la Conferencia de Paz de París (1919) como consejero para el este de Europa y el Medio Oriente. Más tarde fue miembro del Comité de Socorro para Oriente Medio, y de la Cruz Roja de Estados Unidos. En 1933, representó a los Estados Unidos en la Conferencia de Ginebra.

## Consecuencias políticas de la *Gran Catástrofe* y de la llegada de los refugiados

La primera consecuencia política de la derrota de Grecia por los turcos fue el derrocamiento del rey Constantino, en 1924, al que se culpaba de la desastrosa política exterior. Le sucedió brevemente Jorge II, que en 1925 fue derrocado también por un golpe de estado militar encabezado por el general Pángalos, que proclamó la segunda República, de la que fue nombrado presidente, creando un clima de fanatismo y xenofobia que produjo graves desavenencias con Turquía, hasta el punto de que faltó poco para una nueva guerra. Al año siguiente, Pángalos fue depuesto por otro político-militar que había sido su correligionario en el golpe de 1925, Yorgos Condilis. En la novela que nos ocupa Condilis aparece con el sobrenombre de *El Rayo*<sup>6</sup> y su cadadura queda bien definida.

La mayoría de los refugiados con derecho a voto eran partidarios de Veniselos por lo que, en 1928, el líder liberal volvió a ganar las elecciones, regresó de su autoexilio en París y asumió de nuevo la presidencia del gobierno.

Las heridas de la guerra greco-turca, que había causado el hundimiento del *Gran Ideal* griego y terribles sufrimientos a los dos países, seguían abiertas. Pese a los esfuerzos del Estado y de la Comisión de Asentamiento de Refugiados, miles de familias de desarraigados instaladas en la periferia de las grandes ciudades como Atenas o Salónica, seguían sin un techo y sin poder ganarse la vida dignamente, añorando su patria y sus bienes perdidos. Por otra parte, las cuestiones que supuestamente se iban a arreglar con

---

<sup>6</sup> Yorgos Condilis (1878-1936) inició su carrera política tras la firma del Tratado de Lausana (1923) y llegó a primer ministro después de dos golpes de Estado, pasando de demócrata radical, veniselista y republicano acérrimo, a dictador de hecho, monárquico y represor. Cuando Veniselos fue derrotado en las elecciones (1920), Condilis se pasó al partido antiveniselista y se refugió en Constantinopla, donde lideró un movimiento para hacer frente a la situación generada en Grecia. Más tarde se convirtió en el principal represor del movimiento revolucionario en favor de la República (1935), llevado a cabo por oficiales partidarios de Veniselos (ahora exiliado en París). De hecho, su rápida actuación contra este movimiento le mereció el apodo de *El Rayo*. Olvidando su pasado republicano, de repente, con un lenguaje muy cercano al fascismo, se pronunció públicamente a favor de la monarquía y organizó un plebiscito amañado, que consiguió el regreso del rey Jorge II de Grecia. Su muerte, en 1936, retirado por la presión de los ultramonárquicos, facilitó la llegada al poder de Metaxás, que se libró así de un rival por el control de las fuerzas armadas y de los monárquicos.

el Tratado de Lausana seguían sin resolver. Había fricciones entre Turquía y Grecia relacionadas con las poblaciones que habían sido excluidas del Intercambio, los cristianos de Estambul y los musulmanes de Tracia occidental, y quedaba pendiente todavía el pago de la indemnización por los daños sufridos por los afectados y por los propios Estados. El gobierno griego creía firmemente que el valor de los bienes que habían perdido los refugiados cristianos –agricultores, tenderos, comerciantes, empresarios, etc.– era muy superiores al del patrimonio que los musulmanes habían dejado en Grecia. Turquía, por el contrario, insistía en que los musulmanes habían tenido que abandonar valiosos inmuebles en el centro de ciudades griegas importantes como Salónica, Yánina, Mitilene y La Canea. En resumen, llevaban más de cinco años discutiendo este asunto sin llegar a un acuerdo.

En Grecia, la situación de inestabilidad social en el interior, con el consiguiente peligro de conflictos sociales y la necesidad de estabilizar el Estado, más las nuevas tensiones creadas con Turquía, movieron a Veniselos a una política de reconciliación y hermanamiento con el eterno enemigo.

Veniselos, que tenía un sentido práctico y realista, vio con claridad que Grecia, el país derrotado en la guerra, no tenía más remedio que hacer concesiones a su vencedor, por lo que en 1930 firmó con Mustafá Kemal, llamado ahora Atatürk (Padre de los turcos), un acuerdo de reconciliación y amistad entre los dos países. En dicho acuerdo Grecia reconocía, haciendo de tripas corazón, que el valor de los bienes perdidos por los musulmanes en el intercambio de poblaciones era superior al de los cristianos. Por si esto no fuera suficiente, el Estado griego aceptaba pagar una compensación especial a los musulmanes de la Tracia occidental que habían sido privados injustamente de sus bienes y una suma importante al gobierno turco para indemnizar a los cristianos ortodoxos que seguían viviendo en Estambul y habían perdido las propiedades que tenían en otras regiones de Anatolia.

Tantas renunciaciones y concesiones provocaron la desesperación de los griegos. Muchos refugiados seguidores de Veniselos lo acusaron de traición, arguyendo que mientras Grecia era la mayor compradora de las exportaciones turcas, los griegos no podían pescar en aguas otomanas ni prestar servicios marítimos en los puertos de Turquía. Pero la causa fundamental del desencanto de los refugiados era que sabían que nunca iban a ser compensados por sus fortunas perdidas y, lo peor de todo, perdían toda esperanza de que algún día volverían a su patria y habitarían sus casas y cultivarían sus tierras.

Veniselos insistía en que Turquía era digna de respeto y de amistad porque, como Grecia, se había liberado del yugo opresor del sultán y que era un

gran logro que una Grecia ya homogeneizada iniciara un camino de amistad con su eterna enemiga, que ahora pretendía, como los griegos, abolir una sociedad multicultural y construir un estado moderno étnicamente unitario. Pero para los griegos que lo habían perdido todo, la Turquía salida de la guerra era mucho peor que el Imperio otomano de antaño.

La situación de desencanto afectó muy negativamente a la política interior de Grecia. Durante los diez años posteriores al intercambio de poblaciones hubo una guerra sin cuartel entre los liberales, que apoyaban a Veniselos, y la derecha, que pretendía restaurar la monarquía. El ambiente político estaba enrarecido. Los conservadores acusaban a Veniselos de explotar de forma cínica a los desgraciados recién llegados para obtener sus votos al objeto de mantenerse en el poder y desterrar para siempre la monarquía, que era apoyada por los habitantes de la antigua Grecia. Proclamaban que los veniselistas eran unos demagogos y traidores a la patria por no defender los intereses generales de todo el pueblo griego. Odiaban a los refugiados porque habían apoyado a Veniselos. Los llamaban intrusos y desarrapados y les negaban el derecho a intervenir con su voto en los asuntos públicos. Veniselos les respondía que los refugiados, pese a su apariencia externa, eran griegos como ellos y tenían todos los derechos a participar en las decisiones políticas. Pero lo cierto era que los conservadores sabían muy bien que no podían impedir que los refugiados votaran, así que no perdían la ocasión de dirigirles proclamas políticas aparentando que se preocupaban por sus sufrimientos para conseguir sus votos con promesas fatuas. En este contexto hemos de volver a recordar la actitud demagógica de Condilis, *El Rayo*, como queda patente en la novela de Mirivilis.

## Luces y sombras del Tratado de Lausana

La clave del entendimiento entre Atatürk y Veniselos en 1930 radicaba en el convencimiento de que, para las buenas relaciones entre Turquía y Grecia, era condición *sine qua non* delimitar y consolidar claramente, sin posibilidad de ambigüedades, fronteras y personas que habitarían dentro de ellas. Y así se hizo. El intercambio de poblaciones funcionó en el sentido que querían Veniselos y Kemal. Es decir, posibilitó que tanto Turquía como Grecia se convirtieran en Estados-nación más o menos unitarios en los que la religión fue la argamasa de la conciencia nacional.

Fue un éxito en el sentido de que se cumplió el objetivo de trasladar de lugar a quienes por su religión estaban en el territorio «equivocado» y también lo fue la forma en que se reeducó la conciencia popular de los afectados. Los griegos autóctonos comprendieron el mensaje de Lausana de que había que aceptar a los refugiados de Asia Menor como griegos y compatriotas, aunque les parecieran extraños y ajenos a ellos, y que, del mismo modo, tenían que aceptar la marcha de los musulmanes con los que convivían antes del intercambio, por muy amigos y vecinos suyos que fueran. Es cierto que al principio los conflictos entre autóctonos y refugiados crearon serios enfrentamientos ideológicos y dividieron al pueblo, pero finalmente, todos terminaron formando una sociedad más o menos unitaria y aprendieron a afrontar juntos los problemas. Sirva de ejemplo, la lucha de los griegos contra los italianos en Albania, en 1940, donde refugiados y autóctonos pelearon hombro con hombro, lo que estrechó sus vínculos.

Pero en otro sentido, la expulsión de millones de personas de los lugares donde habían nacido y vivido distorsionó por completo sus vidas y les impidió comprender quiénes eran. Tanto para los turcos nacidos en Grecia como para los griegos nacidos en Turquía existía una contradicción entre la nacionalidad étnica que tenían, según la entendían sus respectivos Estados, y sus vivencias del pasado y sus vínculos con la que consideraban su auténtica tierra. Había una falta de armonía entre los lugares donde ahora vivían estas personas y los lugares a los que se sentían ligados.

Pese a tantos desmanes, el hilo que unía a griegos y turcos, cristianos y musulmanes, en el antiguo mundo otomano no se cortó en absoluto ni siquiera en 1922. Ante los muchos padecimientos sufridos por ambas partes, los hombres de las dos orillas no reaccionaron solo con odios recíprocos ni se sintieron aliviados al ser separados. Las vivencias negativas se mezclaron con fuertes sentimientos positivos y con recuerdos que sirvieron de puente en la brecha que se había abierto entre ambas comunidades. Nunca dejaron de estar presentes amistades personales, colaboraciones comerciales, conciencia de pertenecer a un mundo común que comprendía la tierra, la lengua, la música, la comida, y en general, la vida cotidiana.

La desazón sentida encontró su expresión en las artes –la novela, las canciones, los bailes, el cine–, que sacaron a la superficie un mundo en el que griegos y turcos, cristianos y musulmanes se reconocen como semejantes y no como enemigos. Hasta el presente, ambos pueblos solo en el terrero de la cultura han podido explorar el fondo del dolor que los une. De modo que la *Gran Catástrofe* y el Intercambio de poblaciones tuvieron también

consecuencias positivas en este sentido. Intelectuales y artistas llegados de Anatolia, como Ilias Venesis, Cosmas Politis, Didó Soteríu, Yorgos Ceotocás, Yorgos Seferis o Fotis Cóntoglu, por mencionar solo a algunos, se incorporaron a la vida cultural de Grecia y crearon una literatura específica de altísimo valor, tanto en su contenido como en su estilo, en la que hay que incluir a Stratis Mirivilis, que, aunque no era refugiado, fue partícipe del problema como habitante de Lesbos. Prueba de ello es la novela que tenemos delante.

Pero no solo fue beneficiosa para Grecia la llegada de refugiados intelectuales. Las gentes sencillas, campesinos, pescadores y demás trabajadores, con su esfuerzo y sus ganas de salir adelante, no solo mejoraron sus propias condiciones de vida, también contribuyeron a levantar la economía del país de acogida. Hasta el crack de 1929, la producción agrícola griega subió exponencialmente y las exportaciones de cereales y tabaco llegaron a niveles insospechados.

De otra parte, el asentamiento de los refugiados en el norte, de donde habían salido el grupo más nutrido de refugiados turcos, favoreció la helenización de esa zona, convirtiendo a Grecia en el país más homogéneo de los Balcanes, aunque continuaran existiendo en precario minorías musulmanas, valacas, eslavas, macedonias y albanesas.

Quizá la repercusión política más fuerte del intercambio de poblaciones fue el hecho de que una importante minoría de refugiados, especialmente los que vivían en peores condiciones o pertenecían a la clase trabajadora, apoyó muy pronto al partido comunista, sobre todo después del acuerdo greco-turco de 1930, que hizo tambalear la fe en Veniselos de los refugiados de los centros urbanos y derrumbó las esperanzas de un regreso a su patria, o, al menos, de recibir una compensación económica digna por los bienes que habían dejado en ella. Pero no todos los llegados de Asia Menor se hicieron de izquierdas. Muchos se alinearon en el lado opuesto. De hecho, cuando, en 1936, Metaxás impuso la dictadura, fue apoyado por muchos refugiados que se creyeron su ideario de crear una conciencia étnica entre los ciudadanos y su afirmación de que defendía un sentimiento de igualdad entre quienes estuvieran dispuestos a adoptar los ideales griegos que él proponía.

Madrid, noviembre de 2023

# INTRODUCCIÓN

## Stratis Mirivilis. Vida y Obra

Efstratios Stamatópulos, más conocido por Stratis Mirivilis, pseudónimo con el que firmaba sus obras, nació en 1890, en Muriá, un pequeño pueblo de la costa norte de la isla de Lesbos llamado por los turcos Sicamineá –Scamniá o Scamiá, en el dialecto local– por la gran morera que cubría la explanada de su puerto pesquero, Scala. El nombre de Stratis lo tomó de uno de los apelativos del patrón de la isla, el arcángel san Miguel, denominado *Arjistrátigos* [Αρχιστράτηγος] «comandante en jefe», apocopado en la lengua popular como *Stratíg* (*Strátigis*), de ahí Stratis. En cuanto al supuesto apellido, Mirivilis, es apócope del término *Imeroviglion* [Ημεροβίγλιον], «Puesto de vigilancia durante el día», como se llamaba en época bizantina la cima más alta de la montaña en la que se asienta el pintoresco pueblo de Scamniá, lugar desde donde los vigías avistaban la llegada por mar de piratas o enemigos. La atalaya de vigilancia nocturna se encontraba abajo, en la colina de Vigla, en Scala, donde, en caso de peligro inminente, por la noche se encendían hogueras para avisar a la población.

Su padre, Jaralambís Stamatópulos, poseía tierras en Scamniá y mantenía relaciones comerciales con Esmirna y Constantinopla, lo que le garantizaba una buena posición económica. Su madre, Aspasia Yeoryiadis, procedía de una familia culta del pueblo, y, aunque, por su condición de mujer carecía de instrucción, poseía un talento natural para la descripción y el relato,

así como un gran sentido del humor y una fina ironía, unidos a un carácter duro, cualidades que heredó su hijo.

En tiempos de Mirivilis la zona norte de Lesbos era la de mayor nivel intelectual de la isla y dio muchos eruditos, poetas y maestros, desde la Antigüedad hasta el siglo XX. Concretamente, Scamniá<sup>7</sup> se encontraba en todo su esplendor a principios del siglo XX y pese a que la isla estaba aún bajo dominio del Imperio otomano, los escasos turcos que vivían en el pueblo no se hacían notar demasiado. Sus habitantes eran gentes laboriosas e interesadas por la cultura; la mayoría de ellos poseían tierras en las costas de enfrente, en Anatolia, y disfrutaban de una economía saneada que les permitía tener hermosas casas señoriales y mantener una prestigiosa escuela en su pueblo, cuyo director, Spiridon Anagnostu, había dedicado su vida al estudio del folclore y del dialecto de Lesbos, recopilando una importante colección de cuentos y refranes, adivinanzas y canciones de la cultura popular, material que dio a conocer en un Tratado sobre hábitos y costumbres populares de la isla, editado en Atenas en 1903 con el título de *Lesviacá* [Λεσβιακά], y premiado por la Asociación Lingüística Ateniense. Este Tratado se convertirá para Mirivilis en el mejor Manual del que extraer información para su obra.

La niñez y primera juventud de Efstratios Stamatópulos transcurren en Lesbos, donde recibe su primera formación escolar. En Scamniá tiene como maestro al famoso Spiridon Anagnostu, quien descubrirá a su díscolo y poco aplicado discípulo, el mundo de la creación popular y lo iniciará en el amor a la lengua demótica frente a la *cazarévusa*, a la par que le inculcará el espíritu del *Gran Ideal*, de cuyo significado político y catastróficas consecuencias ya hemos hablado.

Tras finalizar la Enseñanza Primaria, el joven Efstratios es enviado a estudiar a Mitilene (1905), donde permanece un curso (1905-1906). Al año siguiente, es matriculado en el prestigioso Liceo Griego de Aivalí (Asia Menor) y dos años después, regresa a Mitilene y allí finaliza sus estudios de Secundaria. En 1910 ejerce durante un año como maestro en Mandamados, un pueblo cercano a Scamniá. De allí, marcha a Atenas para cursar Derecho. Es una época de penuria económica en la que para ganarse el sustento se ve obligado a compaginar los estudios universitarios con un trabajo como

---

<sup>7</sup> Identificado con la antigua ciudad de Lepétimnos, a la que, según la mitología, arribó la cabeza de Orfeo, transportada por las olas desde Tracia, donde había sido arrojada al mar por las mujeres, que, enfurecidas, lo habían descuartizado.

redactor nocturno en el periódico *La Patria* [*Ἡ Πατρίδα*], a la vez que ejerce de vigilante en un internado de estudiantes privado.

En 1912 se alista como voluntario para combatir en la Primera Guerra Balcánica, y en 1913 es herido en la batalla de Kilkís, por lo que regresa a Lesbos, ya liberada de los turcos y anexionada al Estado griego. En 1917-1918 volverá al frente de Macedonia y tomará parte en la campaña de Asia Menor.

En 1932, marcha a Atenas, invitado por Alejandro Papanastasiú para dirigir el periódico *República* [*Δημοκρατία*], que se mantuvo abierto solo un año. En la capital continuará su obra literaria. En 1936 es nombrado director de Programas del Instituto Nacional Griego de Difusión, puesto que ocupa hasta 1951, con el paréntesis de la Segunda Guerra Mundial. Tras la guerra, es nombrado director de la Biblioteca del Parlamento y en 1946 funda la Asociación Nacional de Escritores Griegos, de la que fue presidente vitalicio. En 1958, después de varios intentos fallidos, es elegido miembro de la Academia de Atenas. Muere en Atenas, en 1969.

La OBRA LITERARIA de Mirivilis se corresponde con las dos etapas de su vida:

- El periodo de Lesbos, de 1890 a 1932.
- La época de Atenas, de 1933 hasta su muerte, en 1969.

La ETAPA DE LESBOS está marcada por su mentalidad localista, de apego a la tierra, y por su defensa de la descentralización literaria, frente al pseudo aticismo de Atenas. Es ahora cuando se convierte en acérrimo partidario de las grandes tradiciones de la isla y del demoticismo y en propulsor del dialecto local, que él pretende emparentar con la lengua de Safo, aunque el dialecto hablado en Lesbos en época moderna poco o nada tiene que ver con el eolio de época antigua y clásica. Es ahora cuando vivirá su primera experiencia sobre la llegada de refugiados de Asia Menor.

Durante su vida en Lesbos su principal ocupación profesional será el periodismo. En esta época edita el periódico semanal *La Campana* [*Ἡ Καμπάνα*] (1923). Dos años después (1925) funda en Mitilene la revista *Cartero* [*Ταχυδρόμος*] y trabaja además como redactor jefe del periódico *Trompeta* [*Σαλπίζ*], de Mitilene. Publica columnas en varios periódicos y revistas literarias locales<sup>8</sup> sobre temas muy variados. Son crónicas en las que comenta noticias de actualidad, defiende la descentralización y la autonomía literaria local y el

---

<sup>8</sup> *Amanecer* [*Χαράνη*], *Esperanzas* [*Ελπίδες*], que luego se llamó *Juventud* [*Νεότης*], y otras.

demoticismo, resaltando los valores propios de cada región por encima del centralismo acaparador de los intelectuales de Atenas cuya esterilidad y pedería satiriza (una de estas crónicas está dedicada a la *Primavera Lesbica*, de la que hablaremos en breve). Pero también nos descubre las inapreciables hermosuras de su isla en los momentos mágicos del día, utilizando una auténtica prosa poética. Habla de la belleza o de la miseria de la vida o aborda el drama del exilio de los refugiados. En general, son crónicas irónicas y divertidas, la mayoría de ellas, en lengua demótica –modalidad lingüística que él introdujo en el género breve periodístico– con algunas desviaciones a una *cazarévusa* sencilla y viva, que emplea exclusivamente cuando hace sátira o bromea.

Llegados a este punto, es preciso hacer algunas precisiones sucintas sobre la diglosia en Grecia, a fin de informar a los lectores no especialistas. Se trata de la convivencia simultánea de dos modalidades lingüísticas del griego. De una parte, la llamada *cazarévusa*, o «lengua purificada», una lengua de uso escrito, utilizada por la Iglesia y la Administración, creada artificialmente a partir de la *koiné* helenística, por tanto, muy apegada al griego antiguo. De otra parte, la llamada demótica (*dimotikí*, del pueblo), la lengua hablada por la gente, resultado de la evolución natural del griego clásico, que en un primer momento no produce literatura, salvo en las islas Jónicas, aunque realmente había alcanzado nivel literario muy tempranamente, gracias a los literatos demoticistas como Mirivilis, entre otros muchos. El problema de la diglosia se plantea cuando, tras la Revolución de 1821, con la creación del nuevo Estado, se precisa fijar el canon lingüístico<sup>9</sup> y surge la disputa entre quienes defienden la *cazarévusa* y quienes propugnan la demótica. Ambas posturas, más allá de la lengua, responden a dos conceptos diferentes de entender la nueva nación, la sociedad y la cultura. Triunfa la corriente arcaizante y la *cazarévusa*, la modalidad artificial y alejada de la lengua hablada, se impone en la Escuela, la Universidad, el Parlamento y la Administración y es la que se ha mantenido como lengua griega oficial, utilizada en documentos, en la literatura y en el sistema educativo hasta 1976, año en que en la Enseñanza y en la Administración se introdujo como lengua única y oficial la demótica.

Volviendo a la producción literaria de Mirivilis, las obras de su primera época están inspiradas por el presente o el pasado inmediato, su vida en

---

<sup>9</sup> F. J. Ortolá (2003: 1773-1982).

Mitilene y especialmente sus experiencias en la guerra. Si prescindimos de sus primeros escauceos como escritor, siendo aún estudiante en Mitilene, y de algunos poemas satíricos publicados en la revista *El mitileno* [*Ο Μυτιληνιός*], su primera publicación notoria se remonta a 1911, cuando participa con el relato *La corona blanca* [*Το άσπρο στεφάνι*] en un concurso de narrativa breve convocado por la revista *Juventud* [*Νεότης*], de Esmirna, obteniendo el Primer Premio del Jurado, uno de cuyos miembros era Stelios Seferiadis, padre del Premio Nobel Yorgos Seferis.

Sus experiencias personales en el frente durante las Guerras Balcánicas (1912-1913), la Primera Guerra Mundial (1914-1918) o la Campaña de Asia Menor (1919-1922), convertirán al antaño partidario de la guerra en un feroz antibelicista cuya conciencia contraria al militarismo se vislumbra ya en los primeros pasos de su andadura literaria y se encuentra dispersa por doquier en todos sus textos.

En 1915, con el título genérico de *Historias rojas* [*Κόκκινες Ιστορίες*] publica un libro dedicado a los «honorables heridos de la isla» en el que se encuentran recopilados una serie de relatos cortos independientes. Este libro constituye un hito en la historia de las letras lesbianas porque abre el camino de la prosa eolia y anuncia a escala panhelénica la literatura de guerra, temática que no se había creado todavía en Europa, de la que Mirivilis fue introductor y pionero.

En 1917, publica por entregas, en la revista *La Campana* [*Η Καμπάνα*], la novela *La vida en una tumba* [*Η ζωή εν τάφω*]<sup>10</sup> que en 1924 reeditará en formato de libro. Esta es realmente su primera obra de extensión considerable y representa la culminación de la manifestación de su espíritu antibelicista. En ella se combinan acentos de un fuerte realismo con otros más suaves y líricos y además de su antimilitarismo, quedan patentes, su anticlericalismo y su pensamiento antimonárquico. *La vida en una tumba* junto con dos novelas largas de su segunda etapa, *La maestra de ojos dorados* [*Η δασκάλα με τα χρυσά μάτια*] (1933) y *La Virgen Sirena* [*Η Παναγιά η Γοργόνα*]<sup>11</sup> (1948) componen su famosa «Trilogía de la Guerra», su escritura más significativa de tema antibelicista.

<sup>10</sup> Existe traducción al español de Margarita Ramírez-Montesinos (2015).

<sup>11</sup> Existe traducción al español de M. García Roig (1960), a partir de la versión francesa.

En estas obras muestra la guerra despojada del discurso pomposo de la propaganda oficial y de toda dimensión épica, describe con la mayor crudeza la realidad del frente y utiliza su carácter trágico como elemento de repulsión.

## El segundo periodo de su obra (1933-1969) se inicia con su llegada a Atenas

Los años de Atenas se caracterizan por su proyección *nacional* e internacional y constituyen su momento de madurez y su reconciliación con la capital. En esta época ya había dado su mejor obra literaria, era conocido en toda Grecia y su fama como escritor había traspasado las fronteras griegas.

Ahora, su mirada se torna al pasado remoto y a los recuerdos de su infancia y su carrera da un salto cualitativo. Sin abandonar el artículo periodístico, escribe relatos cortos, recogidos en libros caracterizados cada vez con un color distinto: *El libro verde* [*Το πράσινο βιβλίο*] (1935), *El libro azul* [*Το γαλάζιο βιβλίο*] (1940) *El libro rojo* [*Το κόκκινο βιβλίο*] (1953) y *El libro carmesí* [*Το βύσσινο βιβλίο*], en 1959. En estas narraciones, el autor, enemigo de todo romanticismo edulcorado y convencido de que el arte debe tener un mensaje social, se mueve en el círculo del realismo y habla de la realidad neogriega con un profundo conocimiento y una intensa fuerza. Mirivilis está considerado el renovador del relato griego. Ya en 1928 había publicado en la revista literaria *Cartero* [*Ταχυδρόμος*], de Mitilene, una serie de relatos cortos *Diiγίματα*, [*Διηγήματα*].

Junto al relato, se entrega a novelas de menor extensión que él mismo llama *Nouvelles* [*Νομβέλλες*] (del francés *nouvelle* y del italiano *novella*). En 1943 publica como novela breve con el título de *Vasilis el Arvanita* [*Ο Βασίλης ο Αρβανίτης*]<sup>12</sup>, uno de los relatos previamente incluido en *El libro azul*. A esta novelita, con la que recibe el Premio Nacional de Prosa, le seguirán *Los duendes* [*Τα παγανά*] (1945) y *Pan* [*Ο Παν*] (1946).

Sigue vivo su antibelicismo que se detecta incluso en novelas cuyo argumento se desarrolla en tiempos de paz, como *La maestra de los ojos dorados* [*Η δασκάλα με τα χρυσά μάτια*] (1933) y *La Virgen Sirena* [*Η Παναγιά η Γοργόνα*] (1949), de la que hablaremos más extensamente. En *La maestra de los ojos*

<sup>12</sup> Existe traducción al español de Manuel González Rincón (2022), Editorial Universidad de Sevilla / Editorial Universidad de Cádiz.

*dorados* el protagonista es un soldado que regresa de la guerra a su hogar, en Mitilene, e intenta olvidar los horrores vividos en el frente mientras se debate entre el respeto a la memoria de un amigo asesinado y el amor que siente por su viuda. Aunque no tuvo la acogida de *La vida en una tumba*, es una obra en la que el lirismo sensual de la Naturaleza lo inunda todo, una de las cualidades de Mirivilis. Esta novela fue prohibida por el dictador Metaxás. Evidentemente, nuestro autor todavía no había dado el giro a posiciones conservadoras.

Pero Mirivilis no es solo un excelente prosista. Es también un extraordinario poeta. Merecen mención la colección de versos que titula *Pequeñas hogueras* [*Μικρές φωτιές*] (1942) y un libro en prosa poética, *La canción de la tierra* [*Το τραγούδι της γης*] (1937). Su sentido lírico se refleja igualmente en sus textos de viajes. Entre ellos, *De Grecia. Diario de Viajes* [*Απ'την Ελλάδα. Ταξιδιωτικό*], aparecido en 1954, en el que habla de la Grecia del Egeo y ensalza el mar con un lirismo lleno de poesía.

## Mirivilis y la Generación de los años '30

Stratis Mirivilis está encuadrado en la Generación literaria de los años 30, un grupo de poetas y prosistas que vivieron y escribieron entre los años 1935-1944, todos ellos relacionados con la revista literaria *Las Nuevas Letras* [*Τα Νέα Γράμματα*]. Aunque, más tarde, se incluirá en esta Generación a todas las figuras literarias de la época que responden a peculiaridades similares.

Desde un punto de vista sociológico, todos los escritores de esta Generación tienen origen burgués y urbano, han realizado estudios en Europa y se sienten defraudados por el desarrollo cultural y artístico de su patria. Se autodefinen como una élite cultural local con tendencias innovadoras que se corresponden con la modernización burguesa e institucional que pretendían Veniselos y sus seguidores. Pero realmente, tal necesidad renovadora solo se mantuvo cinco años. Muy pronto la mayoría de ellos daría un giro.

Aunque entre los miembros de la Generación existen grandes diferencias y opciones ideológicas opuestas, en general, todos responden a unas características comunes que les dan cohesión como grupo. A saber:

- Se proponen romper con las generaciones literarias precedentes y buscan experimentar e innovar en el campo de las letras, tanto en la forma como en los temas.

- Están fuertemente influenciados por las corrientes literarias extranjeras, pero no se limitan a reproducir los modelos europeos, sino que mantienen en sus obras su identidad nacional.
- Prefieren la novela a la poesía, ya que a través de la novela les resulta más fácil incorporar las tendencias contemporáneas de Europa y huir del costumbrismo y del realismo.
- Son acérrimos defensores de la lengua demótica, a la que aspiran a convertir en la nueva lengua literaria. Y de hecho lo consiguen.
- Asumen la tradición con espíritu crítico, tratando de renovarla.
- El fracaso del *Gran Ideal* y sus aspiraciones imperialistas los lleva a la necesidad de formular un nuevo sentido del *Etnos* [*ἔθνος*], la «Raza griega»<sup>13</sup>, en términos estrictamente culturales, al margen de consideraciones de expansión territorial y de exclusión del «Otro» y libre de connotaciones nacionalistas. De este modo, transforman la idea étnica nacionalista en una brillante propuesta de renovación cultural de la entidad griega, entendida como solidaridad entre todos los hermanos griegos y como diálogo con otras etnias.
- Buscan un nuevo sentido de la «helenidad» (la condición de ser griego) cuyo arquetipo estriba en la relación del presente con el pasado, pero eliminando el ensimismamiento costumbrista y el odio a todo lo extranjero que tenían sus antecesores. La Generación del 30 considera que la tradición es a la vez algo fluido y permanente, y el arquetipo griego tiene un carácter fundamentalmente mitológico y estilístico y se centra en el entorno del Egeo.

Pese a sus ideas progresistas de renovación y búsqueda, los escritores de esta Generación defraudaron en lo que a sus logros se refiere. Si bien es cierto que, desde el punto de vista literario, renovaron la prosa, realmente no fueron mucho más allá. El resto de sus aspiraciones resultaron ser un fracaso después de la Primera Guerra Mundial. La crisis ideológica, consecuencia del derrumbamiento del *Gran Ideal*, y la dictadura de Metaxás (4.08.1936), cuyo firme propósito era impedir cualquier tendencia moderna o innovadora en el arte o la literatura, por considerarlas

---

<sup>13</sup> El término *ethnos* [*ἔθνος*], que suele traducirse por «raza», «nación» o «pueblo», alude a un grupo humano unido por la misma cultura y la misma lengua, y en la Grecia moderna se ha utilizado con connotaciones nacionalistas.

producto del comunismo o del materialismo, dieron al traste con estas ideas renovadoras.

Muchos de los novelistas del grupo generacional (bien es verdad que no todos), a fin de acercarse al poder político, acaban alineándose con la ideología nacionalista dominante y soslayan la responsabilidad que les impone la nueva realidad social y política. Realmente, muchos de ellos, que en un principio defendían la ruptura con el pasado y la revisión creativa de la tradición, renuncian a sus propuestas progresistas y se suman al historicismo, es decir, a la utilización ideológica de la historia. Esto se constata claramente en la novela, que terminó volviendo a centrar sus temas en el pasado glorioso y en la historia, siguiendo los parámetros ideológicos que identificaban «helenidad» con la cultura griega antigua más el medievo ortodoxo. Y esta actitud permanecerá también en la década de los años 40.

## La Escuela Eolia y la *Primavera Eolia*. La dramática experiencia de la Guerra y de la *Gran Catástrofe* de 1922

Mirivilis, aunque tiene muchos puntos en común con sus colegas de Generación, nunca se identificó plenamente con ellos.

Y realmente no carecía de razón. Él pertenece a un subgrupo de escritores que se ha venido en llamar *Escuela Eolia*, a los que unen determinadas características comunes específicas:

- Se distinguen por su marcado carácter local. Todos proceden de la isla de Lesbos o de las costas de Asia Menor (Golfo de Adramitio, al sur de la Tróade). Publican por entregas sus obras en periódicos locales y, sobre todo, en la revista literaria *Cartero* [*Ταχυδρόμος*]. No obstante, serán ampliamente conocidos en el resto de Grecia.
- Todos han luchado en las Guerras Balcánicas, en la Primera Guerra Mundial o en la Campaña de Anatolia (la llamada guerra greco-turca) y han vivido el mismo momento histórico concreto, el periodo de entreguerras, el derrumbamiento del *Gran Ideal*, la Catástrofe de Asia Menor y su consecuencia, el intercambio de poblaciones griegas y turcas, hechos todos ellos que les dan una conciencia ideológica común que ha marcado toda su escritura.
- Uno de sus temas fundamentales es la experiencia trágica de la guerra. Son antibelicistas declarados y proclaman su respeto por la vida y su fe en el valor supremo del hombre, en la dignidad del ser humano

y en la libertad. Sus escritos en contra de la guerra serán el modelo de la prosa antibelicista posterior, en Europa.

- Su objetivo es transmitir a las generaciones futuras sus experiencias traumáticas, ya sea como refugiados (Venesis, por ejemplo), como prisioneros de guerra (Ducas) o como habitantes de la isla que tienen que afrontar la llegada de los refugiados (Mirivilis). Por este motivo, a sus producciones literarias se las llama «Literatura del exilio» o «Literatura de los refugiados». El fracaso del *Gran Ideal* y su educación nacionalista los lleva a replantear el significado del concepto de «helenidad», es decir, la «condición de ser griego».
- Fieles al demoticismo, resaltan la permanencia de la lengua griega sin solución de continuidad desde la Antigüedad y fundamentan la identidad cultural griega en los valores inmutables que encierran el mito y la cultura popular no adulterada, lo que hace que miren con desconfianza las corrientes europeas, en contraposición a otros colegas de su Generación.
- Sus obras tienen un marcado estilo propio, llamado «estilo eolio», que se caracteriza por un notable individualismo, por su apego a las tradiciones populares y al ambiente de su isla como fuente de inspiración, su dimensión costumbrista y la elección de la lengua demótica en su forma dialectal sin paliativos, lo que contribuye a la viveza, riqueza y lozanía de su prosa.

El núcleo duro de este grupo está formado por Stratis Mirivilis, Ilías Venesis, Stratis Ducas, Fotis Cóndoglu y Cosmás Politis, más otros muchos escritores contemporáneos suyos. Pero, sin lugar a dudas, Mirivilis es el líder indiscutible de este movimiento de efervescencia intelectual que él mismo llamó *Primavera Lesbica*.

Ilías Venesis, perteneciente al grupo, nos describe así lo que significó *La Primavera Lesbica*<sup>14</sup>:

Ya desde el siglo pasado, pero principalmente desde las primeras décadas de nuestro siglo, había comenzado a manifestarse en Lesbos un extraordinario florecimiento cultural, con una pléyade de escritores y artistas lesbianos. Cuando se produjo la catástrofe de 1922, vinieron a Mitilene intelectuales de enfrente, de la costa de Asia Menor, que aportaron a la isla fuerzas nuevas de la cultura y del

---

<sup>14</sup> Venesis (1970: 956-959).

arte de los habitantes del Egeo. Escribían libros, sacaban periódicos y revistas literarias, creaban obras de arte, representaban importantes obras de teatro con compañías amateurs, recopilaban y estudiaban las costumbres de la isla, las canciones populares, sus tradiciones, su historia; estudiaban su arte y su filosofía, así como la música bizantina; glosaban a escritores griegos de la Antigüedad y comentaban a poetas europeos contemporáneos y capítulos de la Biblia. Tenían como bandera a Solomós, Palamás y Psijaris. Ridiculizaban a Cavafis y las estupideces de los intelectuales atenienses.

## Ideología y pensamiento de Mirivilis

Como en el caso de sus colegas de Generación literaria, el pensamiento de Mirivilis está marcado por el fracaso del *Gran Ideal* y la crisis del concepto de «helenidad». El derrumbe de la ideología nacionalista en la segunda mitad de los años treinta lleva a nuestro autor a replantearse en qué consiste la «helenidad», es decir, «la condición de ser griego».

Para él, el pueblo «iletrado» es el auténtico depositario de la tradición popular y, por tanto, el elemento fundamental de la cohesión y la unidad étnica y cultural del helenismo<sup>15</sup>. En otras palabras, el pueblo representa la cultura del *ethnos* (la «raza», la esencia identitaria griega), cuya lengua no adulterada viene, según él, directamente de la lengua griega antigua. Mirivilis estaba convencido de que el espíritu antiguo, representado en su isla por Safo y el dialecto eolio, seguía vivo en el alma del pueblo y el artista tenía el deber de extraer de las fuentes este espíritu y crear auténticas formas de arte. Para demostrar esta afirmación, se plantea recuperar la lengua y tradiciones del pueblo, que se están perdiendo. Recorre las aldeas de la isla, asistiendo a fiestas y romerías, va a las cárceles, habla con las gentes sencillas... En definitiva, recopila un material lingüístico y folclórico importante

---

<sup>15</sup> Para referirse al conjunto de los griegos como colectividad, Mirivilis utiliza el término *filí* [φιλί] muy difícil de traducir en su significado pleno. En griego antiguo significa «tribu», grupo social referido a la familia y a la autonomía de la nación. Muy relacionado con *filí* [φιλί] está el vocablo *genos* [γένος] «linaje», también del griego antiguo, que tiene que ver con un grupo que se reconoce cohesionado por un antepasado común. Ambos términos, más propios de una época premoderna, han sido sustituidos en época moderna por *ethnos* [ἔθνος], que suele traducirse por «raza», «nación» o «pueblo» y que, dependiendo del momento histórico y de la ideología, tiene connotaciones nacionalistas y excluyentes. Finalmente, el término más en consonancia con las democracias modernas es *laós* [λαός] «pueblo».

y compara este bagaje de cultura y canciones populares (sobre todo, las de boda) con la poesía de Safo. Su meta era resucitar a la gran poeta antigua de Lesbos y crear una nueva cultura eolia.

Será este lenguaje popular oral el que marque la identidad narrativa de toda su obra. Su entrega al demoticismo y su empeño en probar la continuidad étnica griega desde la Antigüedad, lo llevarán a rechazar las imitaciones de las corrientes vanguardistas foráneas. Según él, toda obra de arte solo puede asegurarse su permanencia en el tiempo y demostrar su valor si está en consonancia con el espíritu del grupo étnico unido por la misma cultura y la misma lengua (el *ethnos*) que la ha creado. De lo contrario, se convierte en un constructo espurio.

Desde el punto de vista político, a principios del siglo XX, vemos a un Mirivilis acérrimo partidario de Veniselos y del *Gran Ideal* y enemigo de la monarquía. La derrota electoral de Veniselos, en 1920, y la tragedia de Asia Menor lo acercarán al partido democrático de Papanastasíu, como manifiesta en sus escritos en el periódico ateniense *República* [Δημοκρατία], que dirigió entre 1932-1933. Sin embargo, poco a poco, irá virando hacia posiciones más conservadoras, hasta llegar a convertirse en un furibundo adversario del comunismo y de la teoría marxista. A partir de 1936, apoyará la propaganda del régimen del dictador Metaxás, asumiendo el papel de intelectual orgánico de la dictadura y modelando un nuevo concepto de «helenidad», en la línea propugnada por el dictador, que ya hemos definido. Así, en consonancia con la ideología impuesta por la dictadura, que proclamaba la idea de una cultura nacional que se corresponde con la grandeza de la raza griega, superior a las demás, Mirivilis defenderá ardorosamente que la «condición de ser griego», la esencia de lo griego que el Régimen identifica con la nación, no es otra cosa que la amalgama de la cultura griega antigua y la profunda fe religiosa del helenismo medieval. Esta vuelta a las raíces étnicas y a la tradición histórica del helenismo es consecuencia de su giro ideológico hacia un evidente conservadurismo y hacia una especie de populismo metafísico, muy alejado de los puntos de vista progresistas y racionalistas de su juventud.

### *La Virgen Sirena*

Como claro exponente de la *Escuela Eolia*, nuestro autor no podía ser ajeno al problema candente del «aquí» y el «ahora» que le tocó vivir. Nacido y criado en Lesbos, fue testigo presencial del asentamiento en su isla de los

refugiados expulsados de Anatolia y de la forma en que los naturales del lugar afrontaron esta situación, nueva para ellos. De este hecho nos deja constancia en una única novela, *La Virgen Sirena*, cuya trama tiene como punto de partida la catástrofe de Asia Menor y la consiguiente salida de los griegos de allí.

## Argumento de la obra

La novela comienza con la llegada a Muriá de los griegos obligados a abandonar Aivalí como consecuencia del intercambio de poblaciones acordado en el Tratado de Lausana. En los primeros capítulos nos presenta a la población local, que vive repartida entre el pueblo situado en la ladera del monte, y su puerto pesquero, Scala, donde residen los pescadores pobres y donde además hay una almazara en la que trabajan en invierno, cuando no pueden dedicarse a las faenas del mar o del campo. Estas gentes se ven sorprendidas un buen día por la llegada de los refugiados de la ciudad anatolia de enfrente, aterrorizados y desposeídos de todo lo imprescindible. Su situación es tan trágica y angustiosa, que los autóctonos consideran un deber patriótico ayudar a sus hermanos expulsados y mostrarse solidarios con ellos, especialmente el obispo, natural de Aivalí, como los recién llegados. Los instalan provisionalmente lo mejor que pueden y muy pronto deciden construirles casas para que vivan dignamente.

Pero, aunque griegos los unos y los otros, no dejan de ser dos poblaciones diferentes, por lo que, pasados los primeros momentos de espanto, no tardarán en aparecer fricciones y hostilidades entre los recién llegados y los lugareños. Los refugiados no respetan los olivares de los campesinos, el recurso agrícola más productivo de la isla, y se muestran reticentes a aceptar las casas que les van a construir, en gran medida, porque no creen que estas viviendas se las ofrezcan a cambio de nada. Pero, sobre todo, porque están convencidos de que no tardarán en ser repatriados a su tierra natal. Los incita a esta actitud el maestro Avgustís, obsesionado con los recuerdos de su vida anterior. Los lugareños no soportan la actitud desagradecida de los foráneos, su negligencia, su altanería y sus exigencias. Sin embargo, la realidad se impone. Los refugiados comprenden poco a poco que jamás regresarán a sus hogares patrios ni recuperarán las posesiones que dejaron allí. Entonces se esfuerzan en adaptarse a su nueva patria y en aprender a convivir con las gentes del lugar, como en la Antigüedad hicieron sus antepasados

durante la primera colonización de Anatolia. Los isleños, por su parte, verán que los nuevos habitantes de Scala, con su laboriosidad y su ingenio, están dando un nuevo impulso al puerto, que mejora sensiblemente por días. De este modo, llega la reconciliación.

## Gestación de la novela

Es público y notorio que Mirivilis trabajaba cada uno de sus textos durante años. En el caso de *La Virgen Sirena*, él mismo nos dice que la escribió seis veces<sup>16</sup>. Y lo más sorprendente es que no lo hizo por mera cuestión de perfeccionismo estilístico, sino que cada modificación añadida se debió a consideraciones más profundas.

Según Dimadis (2004: 173), el núcleo de la novela lo publicó en 1934, en el periódico *La Mañana* [*Η Πρωία*], en dos entregas sucesivas –mayo y junio–, con los títulos respectivos de *Abajo, en la Virgen Pescadora* [*Κάτω, στην Παναγιά την Ψαροπούλα*] y *Allí abajo, en la Virgen Pescadora* [*Κεί κάτω, στην Παναγιά την Ψαροπούλα*]. Pero en estos relatos no aparece todavía el elemento fundamental, los refugiados. Será en 1938-1939 cuando el autor los introduce, en una novela unitaria remodelada y titulada *La Virgen Pescadora* [*Η Παναγιά η Ψαροπούλα*]. La versión definitiva de esta obra no llegará hasta 1948, publicada como novela larga, con el título de *La Virgen Sirena* [*Η Παναγιά η Γοργόνα*]. Es en esta última donde presenta el problema de la llegada de los refugiados a la isla, los esfuerzos de isleños por acogerlos y de los recién llegados por integrarse en su nueva patria, así como las consecuencias que estos hechos tuvieron en el mundo griego y la crisis de identidad nacional que provocaron.

Mirivilis elige como escenario su pueblo natal, asentado como un anfiteatro en la frondosa ladera del monte Lepétimnos, a muy poca distancia del mar, que se extiende abajo, como una planicie líquida, hasta tocar el golfo de Adramitio, en la costa de Anatolia. En el puerto pesquero de Muriá se levanta sobre un acantilado la pequeña ermita de la Virgen Pescadora, o la Virgen Sirena, llamada así por la pintura mural que hay en su interior, que representa a una extraña imagen de la Virgen con cola de sirena, obra de un anacoreta venido de no se sabe dónde. En aquel acantilado el joven Mirivilis

---

<sup>16</sup> Así lo declara en 1946, en una entrevista concedida a M. Vaianós (1971: 329-330).

pasaba horas y horas mirando al mar, ensimismado en sus mundos o empapándose de la belleza del lugar. No en vano, en la obra asistimos a soberbias descripciones del paisaje y del mar, auténticas pinturas impresionistas de atardeceres, de costas brumosas...

Pero en la elección de este escenario hay mucho más que belleza y poesía. El autor convierte a su pueblo en un microcosmos en el que refleja el drama del exilio que durante muchos años se representó en el macrocosmos de toda Grecia y que culmina con el milagro de la reintegración de los recién llegados, griegos también ellos, en su nueva patria.

De hecho, cabe preguntarse si no fueron estas circunstancias, unidas al cambio ideológico experimentado por nuestro autor, en consonancia con las directrices de la dictadura de Metaxás, los motivos que lo llevaron a escribir esta última versión en la que ofrece el nuevo concepto de la identidad griega del que ya hemos hablado.

Las claves de este nuevo concepto de «helenidad» aparecen ya en las primeras líneas del relato:

*Pág. 74: [...] Es una imagen de la Virgen, la Virgen más extraña de toda Grecia y de toda la cristiandad. Su cabeza es como la que conocemos por los frescos, María entronizada y con el Niño Jesús en sus rodillas. [...] Lleva un manto carmesí hasta la frente y un nimbo amarillo rodea su cabeza, como todos los iconos. Solo que sus ojos son verdes y desmesuradamente grandes y a partir de la cintura su cuerpo es el de un pez de escamas azules. Sostiene en una mano un barco y en la otra un tridente, como el que lleva el antiguo dios del mar, Poseidón, según lo pintan en los cuadros y en los libros escolares.*

*Pág. 75: Y nadie pensó que aquel día, de la cabeza del viejo ermitaño, como de la cabeza de Zeus, había salido y se había erguido en el único farallón de la isla una nueva divinidad helénica que aunaba de forma admirable todas las épocas y todo el sentido de la Raza; de un pueblo que vive y lucha contra los elementos y contra las tempestades del mundo, la mitad de él, en tierra firme, y la otra mitad, en el mar, con el arado y con la quilla, siempre bajo la protección de una diosa guerrera, femenina y doncella.*

En efecto, la imagen de la Virgen Sirena que nos describe, encierra en sí los elementos del mundo griego antiguo y helenístico –el tridente de Poseidón y la Sirena, hermana de Alejandro Magno<sup>17</sup>–. Pero estas connotaciones son in-

---

<sup>17</sup> Existe en Grecia una tradición popular que tiene su origen en una leyenda bizantina, que presenta a la hermana de Alejandro Magno transformada en sirena con forma

separables de las del mundo ortodoxo cristiano: la Virgen-Madre de Dios que protege al pueblo griego, igual que la antigua Palas Atenea nacida de la cabeza de Zeus protegía desde su atalaya de la Acrópolis a la raza helénica.

En torno a este símbolo que amalgama paganismo y cristianismo se re-encontrarán los dos mundos del nuevo helenismo: los llamados a sí mismos «heladitas», los autóctonos, que se consideran herederos directos de los griegos antiguos, y los griegos venidos de Asia Menor, los heteróctonos, subrayando así la unidad de la «raza» griega, pese a las eventuales discordias.

## Mirivilis y el costumbrismo

La novela pone ante nuestros ojos la vida de la gente del pueblo. Todo lo que tiene relación con las tradiciones ancestrales está presente en ella: las costumbres de la siega, la cosecha, la vendimia; las canciones y bailes populares; las adivinanzas, los refranes, los cuentos, las leyendas y creencias, la magia... Pero también los ritos religiosos cristianos, romerías, procesiones y rogativas para pedir la lluvia y todo el ritual en torno a la muerte<sup>18</sup>.

Mirivilis admira el primitivismo ingenuo de las gentes sencillas, sus emociones, sus usos y costumbres, heredados directamente de sus antepasados, los griegos antiguos, la actitud estoica con la que afrontan la vida, la muerte y todo lo concierne al ser humano. Y es esta herencia viva lo que, según nuestro autor, los convierte en verdaderos depositarios de la antigua tradición del helenismo y responsables de la continuidad de la «raza», entendida como la esencia de ser griego. Frente a estos hombres carentes de letras, que

---

de pez de la cintura para abajo. Vive en el mar y si ve un barco, sale del agua impetuosamente y pregunta a los marineros si el rey Alejandro vive y reina en todo el mundo. Si le responden que está muerto, agita su cola para levantar una tempestad y hundir el barco. Si le dicen que vive y reina en el mundo entero, deja que la nave siga su camino y llegue a buen puerto.

<sup>18</sup> Mirivilis sentía una emoción especial al escuchar los *miroloyia*, los cantos de duelo improvisados con los que se despedía al difunto en las sociedades rurales. Él mismo, en su *Libro de Viajes*, nos habla del impacto que le causó escuchar a las viejas de Mani, en el Peloponeso, entonar los *miroloyia*, que aún se mantienen vivos en esa zona de Grecia: *Escuché a las mujeres de Mani con aquellos rostros severos y ojos ardientes platicar con los muertos por medio del canto, golpear con la palma de la mano callosa la tierra de las tumbas cubiertas de hierbas, invocarlos, suplicantes, instándolos imperiosamente a que subieran del Hades y les respondieran a los grandes interrogantes de la vida* (en Xidis, Z. [1970: 965-966]).

viven alejados de los centros urbanos y se ganan la vida honradamente trabajando duro, contraponen a los burgueses instruidos, a los que él considera los verdaderos culpables del deterioro de la raza griega:

Pág. 205: *¿No ves a las personas instruidas? Ellos son la causa de las desgracias del Pueblo. Ellos especulan con las tierras del Intercambio de poblaciones, ellos firman declaraciones falaces... Ellos han inventado esta palabra infame «Intercambio».*

Pág. 206: *[...] –¡Ay! Instruidos son esos que mercadean con el cuerpo y la sangre de Grecia... Y... escucha lo que voy a decirte, amigo Comninós, y escríbelo, para que no lo olvides: ¡Si todavía queda un trozo de la auténtica Grecia, eso se lo debemos únicamente a las personas sencillas y sin instrucción, querido Comninós!*

Con estas premisas, se comprende que en *La Virgen Sirena* encontremos todo tipo de manifestaciones del folclore, patrimonio colectivo del pueblo.

Pero a Mirivilis no le interesa la pintura costumbrista en sí misma. Los elementos folclóricos que inundan su obra solo le importan en la medida en que le sirven para llegar a las fuentes naturales de la cultura popular y dejar al descubierto el alma del pueblo, la imagen colectiva del sentir y el pensar de las gentes llanas. Su intención es construir la identidad y el espacio propios de los refugiados, pero también resaltar el carácter local diferenciado de los propios isleños. Es decir, utiliza el folclore para justificar los valores y la esencia del *etnos*. La novela está poblada de gentes humildes, pescadores, campesinos, tenderos, mujeres trabajadoras y sufridas, niños y adolescentes –más algún que otro personaje instruido, como el maestro, el médico o el obispo– y son ellos quienes, con sus penas y sus alegrías, su pobreza, su gallardía, sus pasiones, su simpleza y hasta su bestialidad, configuran entre todos el mosaico de los rasgos esenciales del alma griega colectiva.

Merece la pena detenerse brevemente en comentar la idiosincrasia de algunos personajes de esta novela. Y ello, por dos razones fundamentales: de una parte, porque en ella se describen seres de carne y hueso, gentes que el autor pudo conocer y tratar, con sus miserias y sus grandezas. De otra, porque aun siendo seres reales, encierran en sí un claro simbolismo, que intentaremos poner de manifiesto.

## Los personajes

Al inicio de la obra, los personajes van siendo presentados por grupos. Los primeros en entrar en escena son los oriundos de la isla, salvo el capitán Elías, un extraño individuo. A continuación, conocemos a los refugiados, llegados de Asia Menor. Si bien serán estos segundos los que más espacio ocupen en la trama, tanto unos como otros son los sujetos activos de escenas llenas de realismo de la vida en un pequeño pueblo isleño. Los vemos afanarse en la pesca o en la poda de los olivos, relajarse al caer la tarde en el café del puerto, asistir a la romería de la Virgen en el Acantilado, a las rogativas por la lluvia, o realizar ritos paganos de magia y exorcismos, mezclados con las más auténticas prácticas cristianas. Y en este devenir de la vida cotidiana, en el que casi no tienen cabida los grandes acontecimientos o se suceden sin hacer ruido, es determinante la presencia de dos elementos vitales, como dos personajes más: la Naturaleza y el mar.

Junto a los personajes colectivos, vemos entrar en escena a los protagonistas o antagonistas individuales. Hablemos en primer lugar de la protagonista:

### Esmeralda

De recién nacida fue abandonada en la barca de Varujos, un pescador venido de Asia Menor, de los instalados en el nuevo barrio del puerto. Él y su mujer habían perdido recientemente a su única hija y deciden adoptar a la pequeña.

Aun siendo el personaje central de la obra y quien articula todo cuanto acontece en el relato, no la conocemos hasta el capítulo X. Su imprevista llegada al poblado de refugiados está rodeada de misterio, de fuerzas ocultas y del poder de los dioses. Nadie sabe de dónde procede y es presentada como un regalo de Dios, del mar o del propio cielo. Esto la mantiene al margen de la dicotomía refugiados/isleños.

*Pág. 176: Todos rodeaban la cesta hablando a gritos. Admiraban las costosas ropitas del recién nacido, la calidad de sus pañales. Palpaban la exquisita toquilla de piqué que lo envolvía y que formaba una pequeña y mullida camita en el interior del canasto. Todo era blanco y esta blancura resplandecía de forma extraña en aquella casa enlutada.*

Por otra parte, sus rasgos físicos, ojos verdes, piel sonrosada, cabello rubio, insólitos para unas gentes mediterráneas que tienen piel y ojos oscuros y pelo negro y ensortijado, despiertan la admiración de los presentes, quienes la contemplan extasiados y la comparan con Afrodita, nacida del mar, o con el Niño Jesús.

*[...] Era hermosa, con un cuerpecito sonrosado y vigoroso que no paraba de moverse. Tenía el pelo rubio y los ojos azules.*

*Pág. 176: [...] Los pescadores no dejaban de mirarla en silencio. Tan sorprendente era su belleza. La niña resplandecía con luz propia, una luz rosa y dorada, azul y verde. Los observaba a todos a su alrededor y sonreía, agitaba los bracitos y volvía a sonreír y nadie sabía qué era lo que la hacía parecerse a un ser singular. Sin embargo, todos se daban cuenta de que era de otra pasta diferente a la suya, de una pasta distinta a aquella de la que estaban hechos sus hijos. Se asemejaba a Cristo en el Pesebre, tal y como es representado en los iconos, con un nimbo dorado sobre la cabeza, mientras los Pastores y los Magos lo contemplan con la boca abierta.*

A medida que Esmeralda va creciendo, su inquietante belleza y su valía enamoran a todos los adolescentes de su edad, que sueñan con hacerla su esposa algún día. Pero ella está marcada por el intento de violación de su padre adoptivo, por lo que siente una repulsión física al sexo masculino que la lleva a rechazar el matrimonio. Su actitud provocará el suicidio del joven Lambis.

Las desgracias que se suceden en su vida –la temprana muerte accidental de su madre adoptiva, el suicido de Lambis, la conducta reprobable de su padre–, unido todo ello a la irrefrenable atracción que la joven siente por el mar y a su espíritu independiente y sus ansias de libertad, que la distinguen de las demás muchachas, hace que los vecinos del pueblo consideren que no pertenece a este mundo, que es una criatura de otra raza, la de las sirenas o ninfas marinas nacidas del mar, seres que se distinguen por tener una naturaleza híbrida, pero al mismo tiempo, símbolos de seducción que abocan a los hombres a la muerte.

Hay que tener presente que en la mitología antigua griega las sirenas, además de emplear la seducción (o la fascinación del canto) para atraer sexualmente a los marineros, son ante todo y fundamentalmente figuras femeninas de la muerte. Esta fecunda asociación de Eros y Tánatos ya se encontraba en la cultura popular y en la literatura de la antigua Grecia y continuará viva en el imaginario colectivo griego de siempre. Los vecinos de Muriá relacionan

con la llegada de Esmeralda las muertes y desgracias acaecidas en el pueblo y culpan a la joven de traer la mala suerte.

Pág. 365: *Dicen que no eres fruto de una mujer, por eso no te comportas como las demás mujeres. Que tu destino no es tener un hombre junto a tu almohada. Que tu naturaleza te impulsa a rechazar a los hombres [...]* Pág. 366: *¡Ay! ¡un montón de tonterías! Que tu sino es llevar la desgracia tras de ti [...]* Entonces, la mujer de Lacios le dio a entender con medias palabras que atribuían a su extraño origen un cúmulo de desgracias que habían sucedido en el Puerto de la Virgen desde que Esmeralda estaba entre ellos. Hablaban de la mala suerte de la tía Nerantsa, que había muerto de una caída por culpa del maleficio que arrastraba el fruto de la sirena. Y también la consideraban culpable de que el viejo Varujos se hubiera marchado del pueblo, lleno de vergüenza.

A los ojos de los refugiados, Esmeralda terminará convertida en un chivo expiatorio. La muchacha, para escapar de lo que cree su destino trágico, decide consagrarse a la Virgen Sirena.

Todos los elementos que se dan en la descripción de la protagonista hacen de ella un símbolo, un ideal inalcanzable: Su belleza es extraordinaria, al igual que su vigor juvenil y sus cualidades éticas. Su sentido de la libertad y su pasión por el mar la enlazan con la tradición marinera del pueblo griego. La defensa celosa de su virginidad por encima de todo, la equipara a la Virgen, a la que se ha consagrado. Una imagen que sugiere, una vez más, conciliación de paganismo y cristianismo: *–La bautizaremos con el nombre de Afrodita, ya que ha salido del mar –dijo el maestro.*

## La vieja Permajula

Es el personaje más atractivo de la novela. Mujer singular donde las haya, llena de fuerza y de misterio, como la protagonista, la vieja Permajula representa la esencia del alma griega en estado puro y encierra en sí toda la tradición popular no escrita. Conoce cuentos y leyendas, sabe de prácticas mágicas, compone *miroloyia*, tiene visiones, penetra la esencia profunda de las personas y de las cosas y da consejos certeros. Su vida es una dolorosa historia de resignación y paciencia, sometida a la voluntad de un marido que la maltrata. Su relato de las palizas que éste le da cuando llega a casa borracho y la forma en que ella y la sociedad de su tiempo aceptan estos comportamientos, «porque así lo quiere Dios», ponen de relieve la terrible y aberrante situación de la mujer en las sociedades patriarcales, una lacra sancionada

por mandato divino que en nuestra época todavía no hemos logrado erradicar del todo, pese a los avances conseguidos. En fin, Permajula es como un arca que guarda en su interior toda la sabiduría de las gentes sencillas y conserva intactas las costumbres ancestrales transmitidas de generación en generación. Ella será el refugio y el consuelo de Esmeralda.

### El maestro Avgustí

Es uno de los desposeídos de su patria, Asia Menor. Sirve de contrapunto y a la vez de complemento de la vieja Permajula en el puzle de personajes de la obra. Está imbuido de un nacionalismo romántico que lo mueve a considerar los valores de la raza griega superiores a la cultura occidental porque, según proclama, entroncan directamente con la Antigüedad y con Bizancio. Por eso todos los domingos sube a la iglesia de Ayía Fotiní para cantar salmos al modo bizantino y salvaguardar así la práctica antigua, y quiere que Esmeralda, que ha venido del mar, se llame Afrodita, como la diosa surgida de las aguas del Egeo. Se ha impuesto como misión inculcar en los niños estos valores ancestrales y la esperanza de recuperar las tierras que un día fueron suyas. Su mentalidad inflexible hace que siga obsesionado con regresar a la tierra de sus ancestros y rechace establecerse en la nueva patria, por lo que reniega del barrio que se va a construir para asentar a los refugiados. Tiene fe ciega en el general metido a político, apodado *El Rayo*, que les ha prometido el regreso a golpe de espada. Pero los refugiados no secundan sus proclamas y el maestro, a su vez, muy pronto se verá defraudado por el general populista que, una vez convertido en político, se vende a los partidarios del Acuerdo de Amistad GrecoTurca, de 1930. La frustración del maestro termina convirtiéndolo en una auténtica piltrafa. Avgustís es, por tanto, un símbolo vivo del *Gran Ideal* que durante siglos alimentó las esperanzas del *genos*, la estirpe griega.

Pág. 100: ... *Este hombre procedía de la vieja generación de maestros de la Grecia sometida que durante cincuenta años mantuvieron viva en el alma de los reaya<sup>19</sup> la llama del Gran Ideal. Había trabajado más de cuarenta y cinco años en las escuelas de Anatolia y durante todo ese tiempo había cultivado en el corazón de los niños la creencia en la resurrección de la Gran Grecia.*

---

<sup>19</sup> Del turco *râya* o *reaya*, que significa «grey», «manada», «rebaño». Recibían este nombre los cristianos del Imperio otomano que vivían como súbditos del sultán.

De camino, la figura de *El Rayo* sirve a Mirivilis para arremeter contra los militares, quienes, cuando la patria no los tiene entretenidos en alguna guerra, se dedican a la política y embaucan al pueblo inocente.

Pág. 100: *En Grecia, ya desde la Antigüedad, los generales cuando no están ocupados en la guerra se lanzan a la política. Lo mismo ocurrió en esta ocasión. Uno de ellos, el más ambicioso y falto de escrúpulos, consiguió fundar entre los refugiados un partido que tenía como lema el Regreso. Publicaba un periódico en Atenas, escribía artículos llenos de soflamas y de demagogia política. Y además firmaba con un pseudónimo igual de fanfarrón: El Rayo.*

El maestro Avgustís no es el único personaje que pertenece al grupo de los refugiados. Entre los pescadores venidos de Aivalí destacan Varujos y Lacios.

## Varujos

Es un hombre bueno y trabajador pero simple de mente e incapaz de tomar decisiones. Él siempre deja que decida su mujer, Nerantsa, un ama de casa sensata y resoluta, el alma de su familia, que además presume de tener cierto parentesco con el obispo, paisano suyo. Por ella los recién llegados eligen a Varujos presidente del Comité de Construcción de Viviendas. Pero Nerantsa muere y Varujos, que en un principio cree que se le hunde el mundo, no tarda en sentirse liberado de la presión de su mujer. Se da a la bebida, pierde el control y empieza a portarse mal con su hija adoptiva, Esmeralda, a la que termina agrediendo sexualmente, una noche que regresa a casa borracho. Arrepentido de lo que ha hecho, deja a la muchacha todos sus bienes y se recluye en un monasterio del Monte Atos para purgar su culpa.

Para Mirivilis Varujos representa la esencia del ser humano, con sus grandezas y sus miserias.

Pág. 278: *«En el alma de todo malhechor se halla escondido un santo que llora y espera que lo liberen». [...] «Dime Mac Stephen ¿acaso no es posible también lo contrario? ¿No puede haber en el corazón de cada hombre santo un malhechor que espera su hora? Eso le diría. Porque Varujos era un buen hombre, Esmeralda, escucha lo que te digo.*

## Panayotis Lacios

Es el amigo íntimo de Varujos, con quien su numerosa familia comparte un pequeño habitáculo cuando llegan a Scala. Es el más pobre e ignorante de los refugiados, pero la mejor persona y el pescador más experto. A pesar de que está cargado de hijos, será como un padre para Esmeralda cuando muere su madre adoptiva. En su ignorancia, encierra toda la inocencia y grandeza de los griegos auténticos. Con él vive su suegra, la vieja Permajula.

## Fortis Comninós

Representa significativamente a los habitantes de Lesbos oriundos de la isla. Había emigrado a América, donde trabajó seis años como obrero en la fábrica de coches Ford, que él pronuncia «Fortis», de ahí el mote que le han puesto sus paisanos. Tras perder un ojo en un accidente laboral y cobrar una buena indemnización, ha vuelto a su isla y ahora regenta en Scala un café de su propiedad, *La Morera*, llamado así por el gran árbol que da sombra a la explanada que hay delante de su establecimiento. Es bondadoso y se muestra condescendiente con los refugiados, quienes valoran su talante y su honradez por lo que, al igual que sus paisanos, frecuentan su taberna. Se convertirá en pariente espiritual de Varujos, al aceptar ser el padrino de bautismo de Esmeralda. No obstante, la negativa de los refugiados, en un principio, a colaborar en la construcción de las nuevas casas que les van a ofrecer y el suicidio de su hijo, del que Fortis culpa a una familia de refugiados de dudosa moralidad, pondrá de manifiesto sus reticencias ante los foráneos, como autóctono. Fortis es el símbolo del emigrante griego que bascula entre la modernidad y la tradición. Ama su tierra natal, pero al mismo tiempo siente profunda admiración por el desarrollo industrial de Occidente. Prueba de sus dos amores son las fotos que tiene colgadas en la pared de su establecimiento: Veniselos, el patriarca Joaquín y Ford, sus tres ídolos, que él llama la «Santísima Trinidad» y que representan el poder político, el religioso y el económico. El señor Comninós es un fanático defensor de los progresos tecnológicos de Occidente y de la eficacia del sistema de producción en cadena implantado por Ford en sus fábricas. Pero sus paisanos, aunque consideran al tabernero un hombre muy vívido y un auténtico cosmopolita y se sienten fascinados por las historias que les cuenta sobre la vida en América, desmitifican la supuesta maravilla de la especialización en la producción, que

deshumaniza al trabajador, y se mofan de los avances tecnológicos americanos. Mirivilis se sirve de estos hombres, aparentemente ignorantes, para criticar la tecnología capitalista que amenaza a la sociedad tradicional.

### Lambis

Hijo único de Fortis. En la novela representa el prototipo de *palikari*, [παλικάρι], el joven o adolescente dotado belleza física y juventud junto con valentía, bizarría y sentido del honor. Una figura que resume el ideario moral y vital de Mirivilis, la «condición de ser griego» y que prácticamente está presente en todas sus novelas, cuando no la convierte en el protagonista, como en el caso de *Vasilis el Arvanita*, ya mencionada. Como buen *palikari*, el joven Lambis es un apuesto mozo, trabajador y excelente hijo que ayuda a su padre en la taberna, pero lleno de orgullo y con un alto sentido del honor, hasta el punto de que lo avoca a la muerte. Está enamorado en secreto de Esmeralda y su amor es tan puro, tan respetuoso, que, cuando es acusado falsamente de que merodea por la casa de Yana Gatsalis para verla desnudarse por la noche, al no poder soportar la afrenta recibida por los hermanos de la joven, que lo tildan de crápula y libidinoso y le dan una gran paliza en presencia de Esmeralda, prefiere suicidarse antes de confesar que a quien realmente ama es a Esmeralda, vecina de los Gatsalis y el motivo real de su presencia en los alrededores de la casa de estos refugiados de mala ralea. Pero su suicidio también sirve al autor para resaltar la superstición popular según la cual, el joven que se enamora de una supuesta sirena está abocado a la muerte.

### El capitán Elías

Otro personaje que sirve de contrapunto entre los refugiados y los habitantes autóctonos de Lesbos es el extraño eremita que aparece un buen día en el Acantilado de la Virgen, para desaparecer del mismo modo poco antes de la llegada a la isla de la primera oleada de refugiados, al estallar la Primera Guerra Mundial. Vive en la ermita y se encarga de cuidarla, lo mismo que un monje musulmán en su *teké*. Trabaja calafateando y pintando las barcas, que decora con sirenas y flores, y siempre está dispuesto a echar una mano a los pescadores de Scala, que lo respetan por su sabiduría y su bondad. Él es el autor de la pintura mural de la Virgen Sirena, una imagen que, pese a su

singularidad, no resulta extraña ni a los refugiados ni a los isleños, porque en ella reconocen los símbolos profundos y las señas de identidad de su estirpe y de su tradición:

*Pág. 75: Cuando los pescadores y los campesinos vieron por primera vez esta pintura quedaron maravillados, pero no les sorprendió. Las mujeres que subieron a venerarla, se postraron ante ella y quemaron incienso como hacían ante los demás iconos. La llamaron la «Virgen Sirena», y así se la sigue llamando hoy en día, y desde entonces tomaron este nombre la iglesia y el puerto.*

*[...] Los lugareños, pescadores y patronos, y también todos los capitanes que surcan de paso estas aguas, ven a la Virgen Sirena como algo natural. Porque ya estaba en sus almas, y el capitán Elías, sumergiéndose en ellas, la hizo aflorar, aunque ellos ya la conocían mucho antes de que el dedés se la mostrara pintada en la pared de la iglesia.*

El capitán Elías es un hombre sin patria, un inmigrante que reivindica el respeto a la singularidad de todo ser humano. Es decir, el respeto al «Otro». Se puede sospechar que su ideario es plenamente compartido por el primer Mirivilis, el anterior a su viraje hacia el conservadurismo.

*Pág. 74: El propio capitán Elías solía repetir un dicho premonitorio que todavía seguía en boca de los lugareños: «Tantos modos de pensar como personas», decía. «Tantas religiones como seres humanos». Digo yo que aquel anciano debía haber reflexionado mucho sobre los sufrimientos de la vida y sobre la naturaleza humana para haber llegado a tan profunda sentencia.*

### *El Barbudo*

Junto a los refugiados pobres, en la novela está también representada la clase social de los griegos ricos que vivían y prosperaban en el imperio otomano y que todo lo perdieron igualmente a partir del intercambio de poblaciones. Un ejemplo de ellos es el rico empresario apodado *El Barbudo*.

Aunque su historia es secundaria en la trama, su figura tiene gran relieve. Se trata de un rico hacendado del golfo de Adramitio. En su fábrica da trabajo a un pueblo entero de turcos, a los que trata con gran consideración. Es un hombre presumido, arrogante, celoso de su familia, pero, al mismo tiempo, lleno de dignidad y amor a la libertad. Cuando ve que no puede seguir en su tierra natal y que va a perder toda su hacienda a manos de los soldados de Atatürk, reúne a sus obreros turcos, reparte entre ellos los bienes de su casa y a continuación prende fuego a su fábrica, mata a sus cinco hijas

para que no sean violadas por los soldados turcos y se suicida. Prefiere morir y matar a sus hijas antes que convertirse en refugiado en tierra extraña. *El Barbudo* representa la quintaesencia del orgullo de la raza griega.

Pág. 419: *Todos escuchaban sin decir palabra. Seguían pensando en la historia del Barbudo, todos la repetían para sus adentros y sentían el profundo significado que encerraba aquella increíble historia.*

*De repente el tabernero se quitó la boquilla de la boca y dijo sonriendo:  
-Es «la condición de ser griego», que decía barba-Elías.*

A estos personajes individuales con entidad propia hemos de añadir todo un elenco de actores más o menos secundarios: El médico PLATANÁS, tranquilo, bonachón y fatalista, que sabe que su ciencia nada puede contra los designios del destino. El OBISPO, un aivaliota duro y autoritario, pero *que gozaba del respeto y el miedo reverencial que los griegos de Anatolia profesan a un obispo, al que consideran su jefe natural* (pág. 419). Los adolescentes MANOLIS, STRATOS y VATIS, hijos de Lacios, y TSALECOS, el mozo ayudante de Fortis en la taberna, simple como una de las cabras que lleva a pastar en el prado. Todos ellos sirven al autor para matizar con certeras pinceladas el cuadro costumbrista, el pasado de piratas o contrabandistas de la isla, las pasiones y anhelos que subyacen bajo el devenir de cada día... Sin olvidar, además, que estos niños representan el futuro.

## Lengua y estilo

Stratis Mirivilis es un pilar fundamental de la prosa neogriega. Su capacidad de innovar la tradición, la riqueza de su lengua, su maestría en la descripción de paisajes y caracteres y su profundo conocimiento del ser humano lo convierten en un maestro de la narrativa.

Satirizó y combatió todo lo que estaba reñido con la vida, con la felicidad y con la juventud. Toda su obra, tanto la antibelicista como la costumbrista, es un canto al amor, a la gallardía, a la fuerza vital y a la belleza. Pero su creación literaria es ajena a la fantasía. Todo lo que en ella se relata –sus peripecias personales, la crueldad de la guerra, los combates, los nombres de sus personajes y sus tipos– está sacado de la realidad. Sus novelas están repletas de datos autobiográficos, de vivencias, recuerdos de su isla y de su pueblo, y de personas de carne y hueso tan reales que provocan en el lector una sincera empatía con ellos.

En cuanto a la lengua, Mirivilis es un acérrimo defensor de la demótica. La utiliza decididamente con conciencia de compromiso político. Su empeño en resaltar las costumbres y creencias del pueblo griego, condiciona su lengua. En este aspecto, en su obra se detectan diferentes niveles de expresión. Cada uno de sus héroes habla según corresponde a su posición social. Los refranes, canciones populares, acertijos y adivinanzas que constantemente pone en boca de sus personajes son testimonios de la autenticidad del lenguaje de las gentes del pueblo, que él eleva a categoría literaria de una forma magistral. Solamente emplea una modalidad de lengua más próxima a la *cazarévusa* cuando quiere resaltar la posición de un personaje instruido o poner en evidencia ideas anticuadas que llevan al pueblo a tomar decisiones desafortunadas, como en el caso del maestro Avgustís. Diferente es también la lengua que emplea cuando habla el propio escritor para describir paisajes o escenas costumbristas.

En general, su expresión es fluida y viva, pero nunca sencilla. Sus vocablos y expresiones dialectales, pretenden evocar el pasado remoto de la lengua eolia en la que escribía Safo. Y tampoco faltan expresiones o vocablos en turco. En lo que a la sintaxis se refiere, utiliza frases simples, concisas y sintéticas. A su vigoroso y vivaz vocabulario, de marcados rasgos locales, añade la simplicidad que ofrece la construcción paratáctica, más en consonancia con la lengua hablada. No obstante, su expresión es armónica y fluida, resultado de la permanente corrección a la que somete todo lo que escribe.

Pero si hay que destacar algo especial y notorio de su estilo, es sin duda la fuerza expresiva de las pinturas que el propio narrador hace de los paisajes de su isla, las montañas y los campos cultivados, los amaneceres y los ocasos... Y, sobre todo, el mar y las bellezas que oculta en sus fondos... Ese mar Egeo, griego por antonomasia, símbolo del helenismo. Igualmente impactante es el lirismo de sus metáforas que nos recuerdan a García Lorca por su rotundidad y por el sentido animista con el que trata la Naturaleza.

Otra cualidad que nos seduce de su prosa es su realismo en la presentación del folclore y de la psicología de los personajes. En las descripciones que hace de las celebraciones religiosas, romerías, atuendos y ritos litúrgicos, o de las actividades agrícolas, predomina el triunfo de los sentidos de una forma tan hermosa y vivaz, que sus imágenes tienen sabor, olor y color y el lector se siente inmerso en la escena como un personaje más.

La novela que nos ocupa está escrita en tercera persona; el narrador no participa en la historia, pero se implica en ella dando a conocer su juicio sobre los hechos que cuenta. Muchas veces, el hilo principal del relato se

ve interrumpido por historias que se intercalan en la trama troncal, ya sea como recuerdos de alguno de los protagonistas –la vida feliz del maestro en Anatolia, por ejemplo–, ya como mitos o leyendas –la que cuenta la vieja Permajula sobre las nereidas y Daras–, o bien para presentar la vida pacífica y feliz, anterior a la desgracia de la guerra grecoturca y las terribles consecuencias que ésta trajo –por ejemplo, el excursus sobre los turcos sencillos de las montañas, o la historia del *Barbudo*–. Ninguna de estas interpolaciones es gratuita. Por el contrario, todas ellas ayudan a matizar la psicología de los personajes principales o a ilustrar mejor los aspectos de la identidad nacional de los pueblos, como ya hemos dicho.

Todos los estudiosos de Mirivilis están de acuerdo en admitir la fuerza plástica de su lengua y la singularidad de su estilo, tan peculiar que, si se lee una página suya anónima, ya desde los primeros párrafos se identifica al autor.

## Sobre la traducción

La presente traducción está basada en las ediciones griegas de 1956 y 2021, [Η Παναγιά η Γοργόνα. Στράτη Μυριβήλη. Μυθιστόρημα], publicadas por la Editorial Hestía. La cubierta de ambas ediciones es la misma que apareció en la primera edición (1948), que por expreso deseo del autor estaba ilustrada con un dibujo de la Virgen Sirena, obra de Marios Anguelopoulos [Μάριος Αγγελόπουλος] que alude a la pintura mural de la pequeña iglesia del acantilado de Muriá, tal y como se describe en la novela. Esta misma ilustración es la que figura en nuestra edición, cedida generosamente por las herederas del autor y por la propia editorial Hestía

A día de hoy, no conocemos ninguna otra traducción en español de esta obra que se haya hecho directamente del griego, ya que la de Margarita García Roig, publicada en 1959 por la editorial E. L. de Caralt, de Barcelona, está realizada a partir del francés. Consultada esta versión, constatamos que en ella se omiten multitud de párrafos y hasta páginas enteras del original.

Traducir a Mirivilis supone un gran reto, en general. Pero en el caso concreto que nos ocupa, hemos tenido que afrontar diversas dificultades que tienen su origen en la forma en que el autor se vale de la lengua y de las costumbres y prácticas sociales (es decir, la representación realista de la vida comunitaria tradicional) de los griegos de Asia Menor para reivindicar su singularidad frente a sus hermanos de la Vieja Grecia.

En cuanto a las dificultades halladas relacionadas con la lengua, he de señalar en primer lugar el uso de topónimos. Para reforzar el discurso nacionalista sobre el continuo del helenismo desde la Antigüedad hasta el presente, la misma ubicación geográfica se menciona a menudo con dos o más topónimos de diferente origen (por ejemplo, uno del griego moderno, uno del griego antiguo y, a veces, también uno del turco) que aparecen alternativamente, lo que obliga a un ejercicio de identificación en las tres modalidades.

Para la transcripción de topónimos y nombres propios del griego moderno, como siempre, he seguido fiel a la metodología propuesta por el profesor Dr. Pedro Bádenas de la Peña (Bádenas de la Peña, 1984: 271-282), por considerar la solución más científica y práctica desde el punto de vista filológico. Los topónimos u onomásticos del griego antiguo los he versionado según se han transmitido de forma tradicional. En cuanto a los turcos, aparecen tal cual se siguen manteniendo actualmente.

Pero no solo los topónimos han supuesto un escollo a la hora de traducir. También otros aspectos del léxico y la sintaxis. Por ejemplo, sobre el léxico, se constata el empeño en utilizar y dar vida a la lengua popular de Lesbos y de la zona eolia de Asia Menor, empleándola en su estado puro, esto es, utilizando términos exclusivos de dialectos locales, que incluso ya en su época no se utilizaban y se habían olvidado, dado que la Escuela se encargó de normalizar de forma oficial una lengua común a todo el territorio de habla griega, depurando de localismo la lengua demótica. Obviamente, esto supone un grave obstáculo ya que algunos términos no aparecen en los diccionarios normalizados.

A esto hay que añadir el uso y casi abuso de léxico turco y expresiones en dicha lengua, o de palabras nuevas que el autor introduce, sobre todo en los refranes, pero también en la creación de metáforas relacionadas con la Naturaleza y en las descripciones psicológicas de sus personajes. *La Virgen Sirena* resulta difícil de leer incluso para un griego del siglo XXI. No digamos para un extranjero.

Para solucionar los problemas de léxico me ha sido de cierta ayuda mi conocimiento del griego clásico, así como el recurso a léxicos específicos.

La segunda dificultad con la que me he encontrado está también relacionada con la lengua, y tiene igualmente origen en la intencionalidad del autor, pero en este caso, es de carácter sintáctico. Me refiero al uso y abuso de la parataxis para reflejar fielmente el lenguaje oral de gentes sencillas y poco instruidas. Toda la obra está construida en periodos muy cortos, frases simples, la mayoría de las veces yuxtapuestas. Tan simples que a veces hay un claro abuso del asíndeton, incluso en párrafos donde se requiere la subordinación.

Otra característica sintáctica es el uso del presente histórico, especialmente cuando el narrador quiere cargar de suspense el suceso que está contando.

Para reflejar lo más fielmente posible la sintaxis del autor he intentado mantener en todo caso el lenguaje paratáctico, utilizando la subordinación cuando ha sido imprescindible para no distorsionar la fluida expresión en español. El presente histórico lo he mantenido solo en los momentos narrativos en los que sirve para intensificar el suspense y el misterio de la anécdota narrada y lo he convertido en pasado en aquellos casos en que mantener el presente forzaría la agilidad del discurso.

También ha sido un escollo la contextualización de los hechos históricos concretos que constituyen el fondo mismo de la obra. Para situar históricamente al lector, he añadido un Prefacio titulado «Contexto histórico». Bibliografía fundamental de referencia para componer este Prefacio han sido las obras de Bruce, Clark (2007) y Clogg, R. (1998), que figuran en la relación bibliográfica.

Gran quebradero de cabeza me ha supuesto las alusiones implícitas o explícitas a usos y costumbres, prácticas antiguas, personajes ficticios, legendarios o históricos, etc., así como el uso de términos locales referidos a diferentes campos semánticos: arquitectura doméstica, danzas, instrumentos musicales, objetos de culto, o vocablos relacionados con las faenas del campo y de la mar. Quisiera insistir una vez más en que ninguno de estos idiomatismos es gratuito. También en este campo el autor utiliza intencionadamente el pintoresquismo de determinadas escenas o costumbres para perfilar la idiosincrasia de los refugiados o incluso de los isleños. Por esta razón, a la hora de plantear la posible traducción de muchos de estos términos he considerado ineludible mantener transcritos los más significativos de ellos, a fin de que no se pierda y desvirtúe el ambiente y el espíritu folclórico específico de determinados pasajes de la obra, que perderían color y frescura con una traducción estándar. Esto me ha obligado a un trabajo extra de investigación y a explicar en notas estos elementos culturales intraducibles en su pleno sentido, ya que sus equivalentes en lengua española carecerían de la plasticidad y del carácter folclorista de los términos griegos<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Por poner un ejemplo equivalente, cuando se describe la indumentaria de un vasco, no es lo mismo decir que lleva «txapela» que decir que lleva «boina». Pues en el caso que nos ocupa sucede lo mismo: *comboloï* no se puede traducir por «rosario», porque la imagen quedaría desvirtuada. Tampoco *vrikes* se puede traducir por «zaragüelles» o por «bombachos» ¿Dónde se ha visto un cretense antiguo con zaragüelles? Abundando en la

Los refranes y las expresiones locales populares, muchas de ellas de origen turco, que incluso aparecen escritas en lengua turca en el texto griego, los he trasladado a sus correspondientes españoles siempre que he podido encontrar el equivalente en nuestra lengua. Cuando no he hallado correspondencia en español, he preferido referir el sentido del refrán antes que expresar uno griego con el que el lector español no esté familiarizado. Siempre que aparece una expresión o una palabra en lengua turca cuyo sentido se deduce del contexto o viene ya dado, la he traducido al español, reflejando el idioma original en una nota a pie de página.

Por último, he tratado de reflejar en español los diferentes registros y niveles de lenguaje, dependiendo de la posición social y el nivel cultural de quien habla en cada momento. Espero que el lector pueda apreciar estos matices.

Para entender el significado y la importancia de *Mirivili* en la literatura griega moderna y el significado de su pensamiento en esta obra concreta, he consultado numerosa bibliografía, una muestra de la cual añado aquí. Especialmente me ha sido de gran ayuda la tesis doctoral de Despina Alexíu (2018). De ella me declaro manifiestamente deudora, ya que su excelente trabajo de investigación me ha aportado valiosa información para entender el sentido profundo de esta novela, como puede constatarse en mi Introducción.

## Agradecimientos

No me queda más que expresar mi agradecimiento a todas las personas que han hecho posible este trabajo. En primer lugar, a las señoras Cristina Angelopulu Mirivili [Χριστίνα Αγγελοπούλου Μυριβήλη] y Heleni Mirivili [Ελένη Μυριβήλη], herederas del escritor y depositarias de los derechos de la obra, así como a las representantes de la Editorial Hestía, señoras Eva Karaitídi [Εύα Καραϊτίδη] y Lena Matsiori [Λένα Ματσιώρη], editora y responsable del Departamento de Derechos de Autor, respectivamente, que me han cedido de forma altruista los derechos de publicación en español de esta novela y además me

---

función pintoresca y folclórica de determinados términos, ¿cómo se pueden traducir a otra lengua, palabras como «tercio de varas», «caireles», «puerta gayola», «traje de luces», «larga cambiada» o «burladero» sin que se pierda color y frescura en el sentido? Una corrida de toros se convertiría en otra cosa.

han permitido reproducir en la cubierta del libro en español la misma imagen que aparece en la edición original. También debo gratitud a Editorial Universidad de Sevilla, en la persona de su actual directora, profesora Dra. Araceli López Serena, que una vez más ha creído en mí como traductora.

Mi relación de agradecimientos no puede soslayar a mi amigo Lefteris Yanulopulos, [Λεφτέρης Ιανουλοπούλος] quien, en un viaje a Lesbos en el verano de 2015 –en un momento en que la isla había vuelto a convertirse en tierra de acogida de refugiados, en este caso, sirios que huían de la guerra declarada en su país–, me comentó la existencia de la pintura de una Virgen con cuerpo de Sirena en la ermita del puerto de Muriá y su relación con Mirivilis, y me regaló esta novela, animándome a traducirla. La contribución de Lefteris Yanulopulos a este trabajo ha sido también decisiva en la ayuda que me ha prestado para resolver problemas de léxico dialectal y de aspectos antropológicos locales (comidas, nombres de indumentarias, de dependencias de la casa, hábitos y costumbres, etc.), así como en proporcionarme materialmente bibliografía fundamental. Por último, no puedo dejar de mencionar en mis agradecimientos al profesor Bádenas de la Peña, quien me dio a conocer la importancia de la «Trilogía de la Guerra» de Mirivilis y me animó a traducir esta obra. A él debo además sugerencias sobre terminología y contextualización histórica, así como la traducción de las expresiones que en la obra aparecen en turco. Y cómo no, a mi fiel compañero, Javier Lobillo, cuya paciencia y concienzudo trabajo de corrección siempre resultan imprescindibles en mis traducciones.

Madrid, noviembre de 2023

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEXÍU, Déspina [Αλεξίου, Δέσπινα] (2018): *Ταυτότητες και διαχείριση του εθνικισμού μέσω της οπτικής των μυθιστορηματογράφων της «Αιολικής Σχολής»: «Γαλήνη» του Ηλία Βενέζη (1939) «Η Παναγιά η Γοργόνα» του Στράτη Μυριβήλη (1949)*. Θεσσαλονίκη: Αριστοτέλειο Πανεπιστήμιο Θεσσαλονίκης (Tesis doctoral). <https://scholar.archive.org/>
- ADSANASIADIS, Tasos [Αζανασιάδης, Τάσος] (1990): «Στράτης Μυριβήλης. Συνοπτική θεώρηση του έργου του», επ: *Πρακτικά της Ακαδημίας Αθηνών*, 378-382. Συνέδρια 22 Νοεμβρίου 1990.
- BÁDENAS DE LA PEÑA, P. (1984): «La transcripción del griego moderno al español», *REL XXIV*, 2, 271-282.
- BEATON, Roderick (1996): *Εισαγωγή στη Νεότερη Ελληνική Λογοτεχνία. Ποίηση και πεζογραφία, 1821-1992*. Αθήνα: Θεμέλιο.
- CARANDONIS, Andreas [Καραντώνης, Ανδρέας] (1977): «Στράτης Μυριβήλης» επ: *Πεζογράφοι και πεζογραφήματα της Γενιάς του Τριάντα*, 13-63. Αθήνα: Παπαδήμας.
- CLARK, Bruce (2007): *Δύο φορές ξένος* [Traducción al griego de Βίκη Ποταμιάνου]. Αθήνα: Εκδ. Ποταμός.
- CLOGG, R. (1998): *Historia de Grecia* [Traducción al español de Helena Aixendri Boneu]. Londres: Cambridge University Press.
- CURETAS, D. [Κουρέτας, Δ.] (1970): «Το όνειρο στη λογοτεχνία. Από αφορμή το πεζογράφημα του Στράτη Μυριβήλη *Η Παναγιά η Γοργόνα*», *Νεα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη», 1033, 972-979.

- CHICOVANI, A. (2013): «Τα λαογραφικά στοιχεία και τα λαϊκά τελετουργικά μοτίβα στην *Παναγιά η Γοργόνα*, του Στράτη Μυριβήλη», en: A. Πολυμέρου (ed.), *Πρακτικά Διεθνούς Επιστημονικού Συνεδρίου, Λαϊκός πολιτισμός και έντεχνος λόγος (ποίηση-πεζογραφία-θέατρο) I*. Αθήνα, 8-12 Δεκεμβρίου 2010. 219-222, Αθήνα: Ακαδημία Αθηνών- Κέντρο Ερεύνης της Ελληνικής Λαογραφίας.
- DIMADIS, C. A. [ Δημάδης, Κ. Α.] (2004): *Δικτατορία, Πόλεμος και Πεζογραφία (1936-1944)*. Αθήνα: Εστία.
- DRAGUMIS, Nicolaos [Δραγούμης, Νικόλαος] (1973 [1872]): «Γλωσσάριον Λέσβιον», en: M. Deffner (ed.), *Νεοελληνικά Ανάλεκτα (του Φιλολογικού Συλλόγου Παρνασσού) I*, 385-464, Αθήνα: Καραβίας.
- GARCÍA ROIG, Margarita (1959): *Nuestra Señora de las Sirenas de Stratis Myriwilis*. Traducción, Barcelona: Ed. L. de Caralt.
- JADSIANAGNOSTOU, Takis [Χατζιαναγνόστου, Τάκις] (1990): «Η Λεσβιακή άνοιξη και ο Στράτης Μυριβήλης», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη (1890-1969)» 1523, 135-138.
- JARIS, Petros [Χάρης, Πέτρος] (1970): «Στράτης Μυριβήλης [Ο πεζογράφος. — Ο λυρικός. — Ο ταξιδιώτης. — Ο λαογράφος]», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη», 1033, 1018-1040.
- JARIS, Petros (1990): «Στράτης Μυριβήλης», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη (1890-1969)» 1523, 44-56.
- JURMUSIOS, E. [Χουρμούζιος, Αιμ.] (1940, 15 Ιανουαρίου): «Η προσφυγική λογοτεχνία», *Νέα Εστία*, 314, 106-109.
- JURMUSIOS, E. (1990): «Ένα άρτιον μυθιστόρημα. Στράτη Μυριβήλη «*Η Παναγιά η Γοργόνα*», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη (1890-1969)», 1523, 231.
- MANDAMADIOTU, M. [Μανδαμαδιώτου, Μ.] (2015): «Η φυλή και το έθνος στο δημοσιογραφικό λόγο του Στράτη Μυριβήλη (1914-1949)», en: Κ.Α. Δημάδης (ed.), *Πρακτικά Ε' Ευρωπαϊκού Συνεδρίου Νεοελληνικών Σπουδών της EENΣ. Συνέχεις, ασυνέχειες, ρήξεις στον ελληνικό κόσμο (1204-2014): οικονομία, κοινωνία, ιστορία, λογοτεχνία (2-5 Οκτωβρίου 2014)*, 3, 241-255, Αθήνα: EENΣ.
- MASTRODIMITRIS, P. D. [Μαστροδημήτρης Π. Δ.] (2000): «Η λογοτεχνική πρόσληψη των λαϊκών - παραδοσιακών αξιών στο μυθιστόρημα του Στράτη Μυριβήλη, *Η Παναγιά η Γοργόνα*», en: *Επιστημονική Επετηρίς της Φιλοσοφικής Σχολής του Πανεπιστημίου Αθηνών*, 32 (περίοδος Β' 1998-2000), 205-216, Αθήνα.
- MIRIVILIS, Str. [Μυριβήλης, Στρ.] (1940, 1 Ιουνίου): «Η γνησιότητα στη ζωή», *Νέα Εστία*, 323, 722-725.
- MIRIVILIS, Str. (1940): «Ο λογοτέχνης και η Φυλή», *Νέα Εστία*, 323, 662.

- NICORETSIS, Dimitris [Νικορέτζης Δ.] (1990): «Στράτης Μυριβήλης. Ο λύρικός της πεζογραφίας», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη (1890-1969)», 1523, 144-152.
- ORTOLÁ SALAS, F. J. (2003): «El griego a la sombra de un debate milenar: La cuestión de la lengua en Grecia». *IV Congreso de Lingüística general*, Cádiz, 3-6 de abril de 2000, vol. IV, 1973-1982. Universidad de Cádiz.
- PANDADSÍS R. [Πανταζής Ρ.] (1990): «Το μήνυμα του Αιγαίου στο έργο του Στράτη Μυριβήλη», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη (1890-1969)», 1523, 61-66.
- ΠΑΡΑΖΑΝΑΣΙΟΥ, Σ. [Παπαθανασίου Στέλιος] (1990): «Το όραμα της Μεγάλης Ιδέας και ο τραγικός δάσκαλος του Στράτη Μυριβήλη», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη (1890-1969)», 1523, 164-166.
- POLITIS, Linos [ Πολίτης, Λ ] (1989): *Ιστορία Νεοελληνικής Λογοτεχνίας*. Αθήνα: ΜΙΕΤ.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, M. I. (2007): «La música de las sirenas», *Cuadernos de Arte e Iconografía*. Fundación Universitaria Española XVI, 32. 29 de septiembre de 2009. <http://www.ucm.es/centros/cont/descargas/documento7730.pdf>.
- TENEKIDIS, G. C. [Τενεκίδης, Γ.Κ.] (1980): «Πρόλογος», επ: Φ. Δ. Αποστολόπουλος (ed.), *Η έξοδος. Μαρτυρίες από τις επαρχίες των δυτικών παραλίων της Μικρασίας*, Ι. Αθήνα: Κέντρο Μικρασιατικών Σπουδών.
- ΤΖΙΟΒΑΣ, D. (1989): *Οι μεταμορφώσεις του εθνισμού και το ιδεολόγημα της ελληνικότητας στο Μεσοπόλεμο*. Αθήνα: Οδυσσεάς.
- ΤΖΙΟΒΑΣ, D. (2011): *Ο μύθος της γενιάς του Τριάντα. Νεοτερικότητα, ελληνικότητα και πολιτισμική ιδεολογία*. Αθήνα: Πόλις.
- ΒΑΙΑΝÓS, Marios [Βαϊάνος, Μ.] (1971): «Ο Στράτης Μυριβήλης μιλά για το έργο του. Ανέκδοτη συνέντευξη του με τον Μ. Βαϊάνο», *Αεολικά Γράμματα* 4, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη», 329-330.
- VALETAS, Y. [ Βαλέτας Γ.] (1970): «Ο Μυριβήλης της Μυτιλήνης. Τα πρώτα του χρόνια και η πρώτη δημιουργική του περίοδος», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη», 1033, 904-955.
- VALETAS, Y. (1983): «Η Αιολική Λογοτεχνική Σχολή», *Αιολικά Γράμματα*, 71, 167-168.
- VENESIS, I. [Βενέζης, Η.] (1970 [13, Σεπτεμβρίου 1954]): «Το πνευματικό Αιγαίο με τη λαμπρή παράδοση», *Ταχυδρόμος*, 1.
- VENESIS, I. (1970): «Ο Αιγαιοπελαγίτης Μυριβήλης», *Νέα Εστία*, «Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη», 1033, 956-959.

- VEREMIS, Z. [Βερέμης, Θ.] (2010): «Η Ελλάδα του Μεσοπολέμου (1922-1940)»,  
en: *Ελληνική Ιστορία, 7. Α' και Β' Παγκόσμιος Πόλεμος—Εμφύλιος Πόλεμος*.  
Αθήνα: Εκδοτική Αθηνών Α.Ε. & Η Καθημερινή.
- ΒΙΤΤΙ, Μ. (1995): *Η «Γενιά του Τριάντα». Ιδεολογία και μορφή*. Αθήνα: Ερμής.
- ΧΙΔΙΣ, Ζ. [ΞΥΔΗΣ, Θ.] (1970): «Ο Μυριβήλης και η Λαογραφία». *Νέα Εστία*,  
«Αφιέρωμα στον Στράτη Μυριβήλη», 1033, 960-966.

# LA VIRGEN SIRENA



A mi querida Drosula



# CAPÍTULO I

Suspendida sobre el puerto pesquero, que mira a poniente, en la parte más alta de un arrecife cercano a la costa, se levanta la ermita de la Virgen Sirena. Los lugareños llaman a esta masa rocosa «El Acantilado de la Virgen». El farallón hunde sus cimientos en el mar, mientras sus crines emergen del agua, como un monstruo marino que quedó allí petrificado, medio sumergido. Las gentes ampliaron su superficie colmatando la hondonada con piedras. Así construyeron sin mucho esfuerzo el malecón, protegido de las tempestades de Anatolia. A medida que declina el día, las sombras se espesan sobre las aguas y el sol tiñe el acantilado del color de la rosa seca. De noche, el peñasco destaca entre la planicie de la playa y el agua, imponente y sombrío, erguido como un guardián que custodia los establecimientos y las escasas viviendas de Scala<sup>21</sup>. Los pescadores que vienen de paso suben al acantilado y encienden lumbre en las grutas y cuevas para prepararse la sopa de pescado. El resplandor del fuego se refleja en los muros encalados de la ermita de la Virgen proyectando sobre ellos grandes sombras fugaces. No puede decirse que esta ermita sea una construcción antigua, una de esas pequeñas obras de arte que la arquitectura bizantina sembró por toda

---

<sup>21</sup> Término italiano con el que en las islas griegas se designa a los puertos pequeños o ensenadas al abrigo del viento. Normalmente, se encuentran alejados del pueblo situado en el interior, a salvo de los piratas. La Scala que aquí se menciona es el puerto del pueblo donde se desarrolla la novela, Sicaminiá, o Scamniá, encaramado en la cima del monte, donde nació el novelista. (N. de T.).

Grecia. Es cuadrada y sólida, edificada con mucha devoción y poco gusto por unos albañiles y marineros piadosos, hace ahora setenta u ochenta años. Pasaban por allí a bordo de una *brazzera*<sup>22</sup> contratados junto con su maestro de obras por un pueblo importante del norte de la isla para construir una almazara. En la travesía fueron sorprendidos por un fuerte viento de cara. Estaban a punto de darse la vuelta en el cabo Córacas, cuando se toparon de frente con el acantilado de la Virgen. «Sálvanos, y te construiremos una capilla» –prometió el maestro albañil–. De repente, la tempestad se calmó, obreros y tripulación se refugiaron en el pequeño Puerto de la Virgen, fondearon la nave y cumplieron su promesa. Por eso esta ermita se parece tanto a una pequeña almazara.

Tiene una campanita suspendida de un arco de hierro. De hierro es también la cruz doble que hay sobre el tejado y, en la parte posterior, en el ábside, tiene, además, un mástil para la bandera, fijado con plomo fundido a la roca y al propio edificio. Este palo es un trofeo de la batalla naval de Elli<sup>23</sup>, que las olas arrastraron hasta aquí. Las gentes del lugar lo recogieron y cuando el acorazado Averof liberó la isla, lo colocaron ahí e izaron una gran bandera azul y blanca para verla los domingos jugar con el viento y sentirse orgullosos.

Pero luego vinieron años aciagos. Los vientos fueron desgarrando la bandera, las guerras, la pobreza y los enfrentamientos políticos marchitaron el entusiasmo de los hombres y ya nadie sintió deseo de sustituir la enseña por una nueva. De modo que solo quedó el alto mástil, torcido y decolorado por el sol y por los temporales.

En los primeros años, antes de que comenzaran las guerras, una lamparilla de plata brillaba día y noche delante del iconostasio<sup>24</sup> de madera. Su

---

<sup>22</sup> Término italiano para un tipo de velero tradicional de uno o dos mástiles y velas latinas. Se utilizaba entre los siglos XVI y XX para la pesca, el transporte y el cabotaje. (N. de T.).

<sup>23</sup> Conocida también como *Batalla naval de los Dardanelos* (Primera Guerra Balcánica, 3-12-1912), significó la victoria de la Armada griega sobre la flota otomana. La victoria de Grecia, aunque no fue decisiva, le permitió controlar el Egeo, y al año siguiente los griegos pudieron liberar las islas de Lesbos, Quíos, Lemnos y Samos. (N. de T.).

<sup>24</sup> Pantalla arquitectónica con iconos que aísla el presbiterio y su altar del resto de la iglesia. Tiene tres puertas, una mayor, central y dos más pequeñas a ambos lados. Se le llama también *templo*. El mismo nombre recibe el pequeño altar que existe tradicionalmente en las casas griegas con iconos de Cristo, de la Virgen o de los santos, al que se le enciende una lamparilla. (N. de T.).

lucecita parecía velar de noche, tras el cristal de la lucerna. Era el ojo apacible de la pequeña iglesia que en la oscuridad observaba atentamente las olas que rompían en la playa con ritmo cadencioso, el sueño de las humildes casitas y de las barcas y el inmenso olivar que se balancea y susurra palabras misteriosas bajo infinidad de estrellas.

Así fue mientras vivió en la capilla el capitán Elías, al que llamaban *dedés*<sup>25</sup> porque habitaba allí en soledad, como un monje musulmán en su *teké*<sup>26</sup>. Él se ocupaba de que estuvieran limpios y relucientes el pavimento de piedra caliza, los cristales y los bronces, y de que no le faltara el aceite y la mecha a la lamparilla.

En la capilla guardaba sus útiles y su camastro, un viejo vellón de oveja de Aivalí con el que se cubría en invierno. En verano y en los días invernales soleados, cuando no tenía nada que hacer, se tumbaba sobre las rocas a tomar el sol. Haraganeaba cara al cielo, fumando una pipa de coral negro, absorto en sus pensamientos. En las noches de estío se sentaba al borde del acantilado con los pies colgando en el vacío y permanecía durante horas contemplando las estrellas. En esos momentos se oía el tintineo de las cuentas de marfil color carmesí de su *comboloi*<sup>27</sup> al deslizarlo entre los dedos.

Nadie recordaba de dónde había salido aquel hombre que vivía en el acantilado. Los viejos de Muriá que habían llegado a conocerlo decían, unos, que procedía de Çesme, y otros, que de Alatsata<sup>28</sup>. Él nunca hablaba de su vida. Un día que alguien le preguntó imprudentemente de dónde era, permaneció un rato en silencio y luego respondió, mirando a lo lejos: «Yo, como tú, soy de este mundo ¿Sabes? somos compatriotas, hijo mío».

Hace ya años que se marchó (nadie ha sabido adónde fue ni si ha muerto), pero sus palabras siguen circulando aún de boca en boca como una leyenda o como un dicho: «Yo, como tú, soy de este mundo. Somos compatriotas, hijo mío».

Los más viejos, que lo recuerdan, dicen que era un anciano vigoroso. Pulcro, con una barba blanca desparramada sobre el pecho, que le cubría la camiseta marinera de color azul marino, y que transmitía un aire de bondad y

<sup>25</sup> Término turco que significa «viejo», «abuelo», y por extensión, «derviche». (N. de T.).

<sup>26</sup> Monasterio o morabito musulmán. (N. de T.).

<sup>27</sup> Especie de rosario que utilizan los musulmanes para ir desgranando los nombres de Alá. Los griegos lo usan para calmar los nervios. (N. de T.).

<sup>28</sup> Çesme a 85 km de Izmir (Esmirna, Turquía). Alatsat, Alaçati en turco, en la costa oeste de Turquía. (N. de T.).

de respeto. Cuando se plantaba con aquel corpachón delante de la puerta de la ermita con los brazos apoyados en las jambas de piedra parecía que la llevaba a cuestas, como el caracol su concha.

Apenas oteaba a lo lejos un caique que se dirigía al puerto, lo seguía con sus ojos zarcos hasta que se encontraba cerca. Entonces, se ponía en pie de un salto y corría hasta el muelle para atrapar al vuelo un cable y amarrarlo a la bita. Cuando hacía mal tiempo y veía difícil la maniobra, se ponía las manos ante la boca haciendo bocina y desde la punta de la escollera daba instrucciones al capitán que no conocía aquellas aguas y corría riesgo de encallar en una roca del fondo. Este tipo de intervenciones suelen poner fuera de sí a los marineros, pero nadie se enfadó jamás con el capitán Elías porque sus indicaciones eran siempre oportunas y ofrecidas con mucha bondad.

Dentro de la ermita tenía un baúl de madera en el que guardaba sus utensilios: latitas de pinturas al óleo y a la acuarela, y pinceles; un mazo, una cuña, un poco de estopa, pez y todo lo necesario para reparar y calafatear los barcos. Siempre estaba dispuesto a echar una mano en la reparación y el baldeo de los pesqueros, o a cargar el lastre. Pero su máxima felicidad, su mayor disfrute, era pintar sirenas y flores en la proa de los caiques que le entregaban para su puesta a punto. Sus sirenas sonreían como los ídolos antiguos, y todas tenían la misma sonrisa. En cuanto a las flores, todas eran de colores fantásticos. Pintaba las rosas azules, verdes o plateadas y las hojas, de color carmesí o azul marino, según el color que se le antojaba utilizar en cada momento.

Los marineros le decían:

–Oye, capitán Elías, las rosas son rojas, ¿cómo es que las tuyas son verdes, como los almendrucos?

–Así son las mías –respondía él, y sonreía sin levantar la cabeza–. Rosas rojas y blancas se encuentran en todos los jardines, muchacho. Pero azules y verdes solo existen éstas en el mundo.

Los capitanes y patronos le pagaban su ayuda con paquetes de tabaco traídos de Anatolia de contrabando, envueltos en un grueso papel de color violeta. Le llevaban cestitas de higos secos, aceitunas aliñadas y galletas, le regalaban sandías y habas, lo que tuvieran en la bodega de sus barcos. A veces también le daban algún *meçit*<sup>29</sup>. Pero si no recibía nada, no se lo tomaba mal.

---

<sup>29</sup> Moneda turca antigua que equivalía a catorce piastras. Hasta la I Guerra Mundial era de plata. (N. de T.).

Cuando terminaba la faena, recogía sus herramientas y subía, satisfecho, al acantilado. Pero antes de alejarse, se detenía a dos o tres pasos del caique que acababa de pintar y con la cabeza ladeada y la mano sobre la barba, contemplaba con los ojos entornados, lleno de orgullo, sus dibujos y sus sirenas y hacía un leve gesto con la mano.

–¡Adiós! –decía, como si se despidiera– ¡Que te vaya bien!

¿Se lo decía al velero o a la sirena? ¡Quién lo sabe! Tal vez los imaginaba a ambos bogando en alta mar, arribando a tierras lejanas que su corazón añoraba y que ya nunca más volvería a disfrutar.

Por este proceder suyo, los lugareños deducían que el *dedés* Elías debía ser un capitán fracasado, un deshecho del mar, uno de esos cuerpos destrozados que las olas zarandean de acá para allá con desprecio, como los maderos lamidos que la mar gruesa trae hasta aquí de Dios sabe dónde, arrastrados por los temporales de Asia Menor.

Porque se ha de decir que allí enfrente todo es grande, como grande es la tierra de Anatolia. Y no solo sus recursos naturales, sino también las tempestades que la azotan. Los ríos arrastran robles enormes arrancados de cuajo, viejos árboles centenarios. Las escorrentías los arrojan al mar, tras batirlos con fuerza. El mar los recoge y los zarandea, los despoja de su corteza, los lame, los rocía de salmuera y los pule por completo hasta redondearlos.

Así pues, tras una fuerte borrasca se les encuentra semienterrados en la arena, reluciendo blanquísimos al sol como enormes esqueletos antediluvianos. Por su aspecto cuando salen del agua, en nada recuerdan ya a la montaña ni al bosque. Están recubiertos de un musgo resbaladizo, sus anfractuosidades, llenas de pequeños cangrejos voraces y de caracolillos, pero no están podridos. Permanecen húmedos durante semanas y meses en el mismo lugar, formando parte del paisaje, fundidos con su entorno. Hasta que, de repente, un buen día vas caminando por la playa y te sorprende no encontrarlos. El viento que sopla de tierra por la noche los arrancó de la arena y los devolvió de nuevo al mar. Eternamente zarandeados por las manos del Destino que con su ley inescrutable gobierna tanto las cosas como a los hombres. Es inútil buscar la huella que han dejado en la arena.

Así, solitario, pulido pero indestructible, era el capitán Elías. Y así, un buen día, el *dedés* desapareció del acantilado de la Virgen. Todo el pueblo y la gente del puerto se sorprendieron de cómo se había ido y habían sido abandonadas la roca y la ermita, en las que solo quedaba su huella vacía. ¡Pero así fue! En su momento tiró de él y lo dominó una vez más el tormento de su vida vagabunda. Desapareció una mañana en pleno verano de 1914, y,

al día siguiente, desembarcaron en la isla los primeros refugiados de Asia Menor. Nadie supo adonde había ido el *dedés* ni por qué había abandonado de repente su agujero. Pero de boca en boca se corrió el rumor de que la causa pudiera ser la llegada de alguien de Anatolia, con quien el capitán Elías no quería volver a encontrarse en su vida. ¿Una mujer? ¿Un hijo desagradecido? ¡Cualquiera sabe qué clase de carcoma corroe el corazón del hombre! Los afanes que atormentan a los seres humanos son tan variopintos como los hombres mismos. El propio capitán Elías solía repetir un dicho premonitorio que todavía seguía en boca de los lugareños: «Tantos modos de pensar como personas», decía. «Tantas religiones como seres humanos». Digo yo que aquel anciano debía haber reflexionado mucho sobre los sufrimientos de la vida y sobre la naturaleza humana para haber llegado a tan profunda sentencia.

¡Ahora el *dedés* ya no está aquí! ¡Sabe Dios dónde se pudren sus huesos! Pero en el Puerto de la Virgen y arriba, en el pueblo, permanece viva hasta hoy la leyenda de su vida y los pescadores repiten sus inolvidables dichos como si fueran los evangelios.

Cuando, después de la guerra de 1912-1913, se oyó decir que los turcos expulsarían de Anatolia a los cristianos, dijo a los aterrorizados campesinos: «No os preocupéis. Todos estamos de paso donde quiera que vayamos. Solo hemos de tener el hatillo preparado para partir en cualquier momento y un cuchillo para cortar la amarra de un tajo...».

Así hizo él.

Cuando llegó el momento de partir, se echó a la espalda el hatillo con sus útiles, cortó con corazón firme el cabo de su amarre y desapareció. Sin embargo, tras él quedó su nombre y, lo que es más importante, quedó también una extraña pintura que dejó sobre la pared de la pequeña ermita. Se conserva allí todavía medio borrada por el viento y el salitre del mar. Es una imagen de la Virgen, la Virgen más extraña de toda Grecia y de toda la cristiandad. Su cabeza es similar a la que conocemos por los frescos en los que se representa a María entronizada y con el Niño Jesús en sus rodillas<sup>30</sup>. Un rostro moreno de rasgos finos y expresión reservada. Tiene la barbilla redonda,

---

<sup>30</sup> La advocación en griego es: *I Platitera ton uranón* [Ἡ Πλατιτέρα τῶν οὐρανῶν]. Literalmente, «La Virgen más amplia que los cielos», en el sentido de que lo abarca todo. Pero suele traducirse por «La Virgen Infinita de los cielos». Es la imagen que en las iglesias bizantinas normalmente se pinta en la parte superior del nicho central del presbiterio. (N. de T.).

los ojos, almendrados y la boca pequeña. Lleva un manto carmesí hasta la frente y un nimbo amarillo rodea su cabeza, como todos los iconos. Solo que sus ojos son verdes y desmesuradamente grandes y a partir de la cintura su cuerpo es el de un pez de escamas azules. Sostiene en una mano un barco y en la otra un tridente, como el que lleva el antiguo dios del mar, Poseidón, según lo pintan en los cuadros y en los libros escolares.

Cuando los pescadores y los campesinos vieron por primera vez esta pintura quedaron maravillados, pero no les sorprendió. Las mujeres que subieron a venerarla, se postraron ante ella y quemaron incienso como hacían ante los demás iconos. La llamaron «la Virgen Sirena», y así se la sigue llamando hoy en día, y desde entonces tomaron este nombre la iglesia y el puerto. Y nadie pensó que aquel día, de la cabeza del viejo ermitaño, como de la cabeza de Zeus, había salido y se había erguido en el único farallón de la isla una nueva divinidad helénica que aunaba de forma admirable todas las épocas y todo el sentido de la Raza; de un pueblo que vive y lucha contra los elementos y contra las tempestades del mundo, la mitad de él, en tierra firme, y la otra mitad, en el mar, con el arado y con la quilla, siempre bajo la protección de una diosa guerrera, femenina y doncella.

En cierta ocasión, pasó por el puerto un pintor de Atenas, vio la pintura en la pared de la iglesia y quedó boquiabierto. Reunió a las gentes del lugar y les dijo: «No se os ocurra borrar este dibujo encalando la pared, porque encierra un sentido muy importante». Luego, colocó un caballete y copió el dibujo en un cartón con sus colores tal y como eran, con todo detalle. Esta es la pintura con la que yo he ilustrado la cubierta del libro en el que narro esta historia.

Sin embargo, los lugareños, pescadores y patronos, y también todos los capitanes que surcan de paso estas aguas, ven a la Virgen Sirena como algo natural. Porque ya estaba en sus almas, y el capitán Elías, sumergiéndose en ellas, la hizo aflorar, aunque ellos ya la conocían mucho antes de que el *dedés* se la mostrara pintada en la pared de la iglesia.

La belleza natural del lugar es tal, que al contemplarla quedas sobreco-gido ante la generosidad del corazón de Dios. Esta costa eólica no está dispuesta a perder su alegría y su encanto, por más que agosto achicharre el mundo o el invierno lo hunda en sus rigores. Porque las pendientes descienden desde las montañas a la costa como si danzaran, la tierra se ondula y serpea como el mar y por doquier los árboles y los peñascos de abigarrados colores bajan por las laderas y las aguas gorgotean en su apresurado camino hasta la playa.

El olivar cubre las montañas con su follaje siempre intacto, sea invierno o verano, y se mece suavemente mostrando reflejos de plata. Sus aceradas hojas dejan ver en uno de sus lados un color perlado como si hubiesen sido bañadas para siempre por la luz de la luna de una noche estival.

Los valles están engalanados con esbeltos álamos que desde Scala trepan por la pendiente en fila india, derechos como cirios, hasta el pueblo de Muriá. Son delicados y sus hojas tiemblan constantemente aunque no sople el viento. Y cuando el otoño las amarillea, se diría que sus bruñidos troncos se han incendiado y lanzan al cielo llamaradas doradas.

En esta isla, Grecia y Anatolia funden sus encantos aunando la gracia y el sentido de sus tierras. El cielo es denso, hermoso, y el mar centellea entre los árboles con sus mil entrantes y salientes. Si te inclinas sobre él aspiras la pureza de su aliento. Sus aguas son límpidas como el agua bendita y su abigarrado fondo deja ver una a una toda clase de piedras preciosas de múltiples colores, sus conchas y las flores de sus abismos.

Subes al acantilado, oteas la tierra y el mar en derredor, y las lágrimas humedecen tus ojos. Una suerte de júbilo destila de los árboles, brota de las tierras rojas y castañas, de las piedras y de las aguas. Los olivos bambolean suavemente sus ramas como palmas. Por doquier se eleva la alabanza de la tierra a Dios. En momentos así, el corazón del hombre se estremece ante el disfrute de la vida y uno se pregunta cómo es posible que en ella se oculte tanta la maldad, igual que en el interior de la rosa de Dios se oculta el gusano que nunca duerme.

El pueblo de Muriá está encaramado en el lomo de la montaña. Las casas se amontonan desordenadamente unas sobre otras, esparcidas entre los olivos y los almendros como un rebaño de corderos que se han dispersado, enloquecidos por el pánico. La bajada al puerto es fácil, se puede hacer en una hora. Pero si se pretende subir el empinado sendero de mulas desde el Puerto de la Sirena hasta Muriá, se requiere triple esfuerzo. Tan abrupta es la cuesta.

Los labriegos han construido poyetes de piedra en cada uno de los manantiales, que uno se encuentra al subir. Los llaman «asentaderos». En ellos se detienen los caminantes para tomar aliento. Los arrieros y los labradores que suben mercancías a lomos de sus acémilas, sueltan el ronزال a la mula y dan un silbido para que la bestia cargada beba y descanse.

Abajo, en el puerto, de noche no quedan más que los pescadores, los patronos que duermen en sus veleros y unos cuantos comerciantes que tienen allí cafés y tiendas. Estos van al pueblo solo los días de fiesta. Los domingos

se visten con sus mejores galas, se afeitan, se ponen medias y suben a la reunión comunal de la Cooperativa «Atenea».

La almazara está en Scala. Un gran molino de aceite con cuatro prensas. En la época de recogida de la aceituna se produce un enorme trasiego, comienza la temporada grande para el lugar. Las aceituneras acuden en grupos vestidas con anchos pantalones de colores y pañuelos estampados con flores y ramas y un canasto de mimbre adornado con bolitas azules balanceándose en su brazo. Bajan engalanadas y sus pulseras de cuentas de vidrio azules y carmesí tintinean en su muñeca. Y es que los campos y los caminos están llenos de vareadores y de obreros de la fábrica.

Durante todo el invierno, mientras se trabaja en la aceituna, los del pueblo tienen como despertador la sirena de la molina de aceite. Es un potente silbido que aúlla en la oscuridad de la noche. Su eco retumba en el acantilado y en los valles, sube hasta el pueblo y lo pone en pie.

De repente, en los callejones empedrados resuena el traqueteo de los gruesos zapatos con tachuelas metálicas en las suelas y de las herraduras de las bestias mezclado con el chirrido de los goznes de las puertas y el alegre parloteo de las muchachas que bajan con pícaras sonrisas. Los vareadores, con sus largas pértigas al hombro, *tebles*, las llaman, cantan *amanedes*<sup>31</sup>. Interrumpen la balada y arreean a las mulas en el mismo tono:

–¡Vamos, arreee!

Es la gran temporada, la temporada de la aceituna.

La esperan durante todo el año los noventa y ocho pueblos de la isla. Todo el mundo, una multitud de ciento cincuenta mil almas, pobres y ricos, dependen de ella. Su existencia cuelga de la rama del olivo.

Abajo, los pescadores disponen de menos recursos, pero más seguros. El mar, por mucho que lo esquilmes, no se agota. No conoce otro arado que la quilla. Ciertamente, cuando llega el invierno las aguas se oscurecen como el vinagre y muchas barcas son arrastradas a tierra donde las mantienen a resguardo del viento apoyadas sobre gruesas tablas hasta que las olas se apaciguan, porque el viento del norte azota con fuerza este puerto y los

---

<sup>31</sup> *Amanés*, canción popular de raíces orientales y tema generalmente erótico, pero de tono lastimero, por la repetición de la exclamación «¡amán!» (¡por Dios!), interjección que indica extrañeza ante una situación desafortunada. Esto cantos formaban parte del folclore de los griegos de Asia Menor y fueron llevados con ellos al exilio. No obstante, el empeño por borrar toda huella turca en las manifestaciones culturales y el folclore griegos, hicieron que fueran desapareciendo. (N. de T.).

pescadores sufren las consecuencias. Sin embargo, es algo grandioso contemplar el acantilado de la Virgen desafiando la tempestad cuando la tramontana irrumpe desde el golfo de Adramitio<sup>32</sup> y sacude el mundo. Enfrente, el cabo Babás obliga a las corrientes de Constantinopla a bajar por el estrecho y desde el Monte Atos las hace girar hasta estas aguas.

El farallón de la Virgen aguarda impasible la tempestad que avanza ennegreciendo el mar por momentos. La línea oscura no tarda nada en llegar al puerto. Mil chasquidos azotan el aire, que tiembla y encabrita las olas, como caballos desbocados. Entonces te sobrecoges al ver cómo los dos elementos, la piedra y el agua, se crecen en la lucha y comienzan a golpearse con furia.

El acantilado de la Virgen resiste la embestida desde que el mundo es mundo. Está lleno de viejas heridas, marcado por los golpes. El salitre del mar ha convertido la piedra en una esponja, las batidas del agua han horadado sus torturados senos. Las olas salen subrepticamente de la bruma, se yerguen como dragones, sus huestes descienden en terrible orden de combate. A medida que se van acercando, hinchan el pecho, abigarrado como el de una tigresa. Sus crines de espuma ondean al viento en su espalda. Resoplan y avanzan movidas por titánica cólera. Finalmente, toman impulso, saltan con gran estruendo y arremeten contra el farallón de la Virgen. Enormes masas de agua chocan entre sí, rechinan los dientes y braman. Bien quisieran arrancar de cuajo el acantilado, triturarlo y engullirlo. Alcanzan la cima del roquedal, lo cabalgan, su espuma moja la puerta de la iglesia y traspasa la entrada de piedra. Entonces irrumpen por el lado del puerto, se las ve bajar por la escalera de piedra de la Virgen, un haz de sierpes blancas que avanzan precipitadamente, retorciéndose con terrible estruendo.

Durante el tiempo que dura el bombardeo, el acantilado de la Virgen retembla todo él desde sus sombríos cimientos. Misteriosas cuerdas de duro metal vibran y resuenan en su interior. Pero no retrocede ni un paso. La roca asienta sus pétreos pies en las profundidades tenebrosas, con el cuerpo humeante por la cólera. El combate le da bríos y fuerza, como a una fiera. Ruge y se agita bajo la tromba de agua y sus fauces sin dientes escupen al mar espumarajos de rabia. Cuanto más duramente la azota el oleaje, más fieramente resiste ella la embestida. Sabe bien que está defendiendo los veleros, las traineras, los balandros parapetados a su espalda, y ellos, sorprendidos,

---

<sup>32</sup> En turco, Edremit. Ciudad ubicada en la costa NO de la península de Anatolia. (N. de T.).

también se encabritan sobre sus dobles grillos de hierro, tensan las maromas. Desbocados por el miedo, intentan romper las amarras, huir a tierra firme, ponerse a salvo. Reaccionan como los animales nobles y potentes que son dominados por el pánico cuando se encuentran sujetos por las riendas.

La catástrofe más dañina tiene lugar en las noches de enero, cuando son más intensas y frecuentes las borrascas que vienen de las costas de la antigua Tróade<sup>33</sup>. En esas ocasiones, la oscuridad que todo lo cubre hace más aterradora la noche. El viento arranca las tejas de las casas, las lanza sobre los techos de uralita, aporrea las puertas bien atrancadas y quiebra los delicados álamos. Por la noche el aire se llena de ruidos insondables, de aullidos y ecos lastimeros. Los cables tensados de los barcos gimen, los árboles y los mástiles lanzan suspiros. El demonio de la tormenta se desmanda, desbocado en medio de la noche, silba por todos lados, en las arboladuras de los barcos, en las chimeneas, domina el arco de hierro del que pende la campanita de la Virgen, se cuelga del badajo y lo agita atropelladamente, lo golpea de forma desenfrenada. Los pescadores oyen entre sueños el salvaje repiqueteo, y también los habitantes de Muriá, allá en lo alto del monte. Los marineros abren un ojo inquieto bajo la manta y profieren maldiciones. Las mujeres aguzan el oído, se levantan sigilosamente arrebujadas en sus toquillas, queman incienso delante de los iconos y se santiguan.

—¡Que la Virgen Sirena proteja el mundo!

Se refieren a los barcos que no están en puerto, a los caiques que se encuentran en alta mar. Rezan un padrenuestro por los marineros desconocidos que surcan los mares en tan terrible y crítico momento, abandonados en las manos de Dios y del Destino sobre el sombrío abismo del amargo mar que los circunda.

Cuando el cielo se ilumina en plena tempestad, se ve cómo las ráfagas de aire arrastran por encima de las olas pequeñas gotas de agua ondeándolas hasta el cielo. El salitre acumulado en las cárcavas de las rocas se levanta formando una nube de polvo blanco. La tramontana lo esparce sobre los tejados, y las tejas toman un tono blanquecino por la sal. Pero al fin, el cansancio domina a los elementos, el mar se refrena, las olas se calman y se alejan.

Entonces tiene lugar un prodigio. Sobre la cresta de Vigla irrumpe el sol de Dios y los olivos destilan paz. Se ve la roca erguirse ya sonriente en

---

<sup>33</sup> Nombre antiguo de la región costera NO de Asia Menor, cuya capital era Troya. (N. de T.).

medio de la luz dorada. Está todavía húmeda y abatida, humeante de vapor, cansada y, a la luz del sol, esparce gotas de diamantes, pero permanece en pie, poderosa y serena. Lleva en su cima la ermita de la Virgen como baluarte de lucha, lleva puesta la campanita y el mástil torcido, sin bandera; lleva también el follaje de una higuera silvestre que ha bebido todos los salitres del mar y no se ha secado. Igual que el bravucón pendenciero se pone en la oreja una ramita de albahaca cuando quiere gresca, en tales ocasiones la roca muestra una desafiante belleza.

Cuando, de nuevo, vuelve el buen tiempo y se siente ya la primavera, no existe un lugar más apacible que el acantilado de la Virgen Sirena. La piedra se dora al sol como carne tibia. Te tumbas boca arriba sobre ella y sientes latir su vida como sientes latir las venas en tu vientre desnudo. Entre sus grietas, brotan pequeñas higueras silvestres que hunden sus voraces raíces en la pared vertical del barranco hasta el mismo corazón de la piedra para absorber de él la amarga y salada leche que las nutre. Si se raya con una navaja la yema rojiza, su filo se llena de un jugo lechoso.

Abajo, en los cimientos de la roca, coronas de algas verdes se balancean al ritmo misterioso del abismo. De ellas penden pequeños frutos, que, como perlas engarzadas en un hilo de seda rojo, expanden hacia arriba sus botones rojizos, gruesos como cerezas. Una cabellera de hierbas semejantes a lechugas tempranas se agita sobre las pulidas piedras cubiertas de una pelusilla suave y blanquecina que las hace brillar. En las cárcavas se aparean las gaviotas, graznando como si lloraran, siempre hambrientas y pendencieras, y entre las algas viscosas y densas se persiguen los budiones, los serranos<sup>34</sup>, las brechas, todos los pescados de roca, de alegres y vivos colores. En la espuma bogan bancos de pequeños albures. Juguetean en la luz, que les fascina, y cada vez que se giran en grupo para cambiar de rumbo, sus lomos proyectan reflejos plateados por la acción del sol.

Los pescadores, cuando vuelven de faenar, suben a tender las redes mojas en los muros de la ermita. Las cuelgan sobre remos, colocados verticalmente en forma de aspa, en el mástil de la bandera y en el arco de hierro del campanario. El aire las oreca como si fueran velos. Están teñidas con agua de corteza de pino hervida y tienen color de hierro oxidado. A veces hay tantas,

---

<sup>34</sup> El serrano también es llamado perca marina, un pez carnívoro perteneciente a la familia de los serránidos (como el mero o la cabrilla) que vive en los arrecifes rocosos y en las praderas de posidonia, y se alimenta de plancton y crustáceos pequeños. (N. de T).

que la iglesia aparece totalmente revestida por ellas. Jamás Virgen alguna en el mundo llevó velos como los de la Virgen Sirena.

La cima del acantilado es una planicie. Allí, entre el cielo y el mar, van a sentarse hombres y mujeres. Reparán las redes rotas, repasan las cuerdas, remiendan las velas desgarradas. Trabajan sentados en corro, con las piernas cruzadas. Con la mano protegida por un calcetín, pelean con una especie de agujas gruesas y pasan las cuerdas nuevas con la ayuda de pequeñas lanzaderas de madera. Mientras trabajan, apenas hablan, todo lo más, de vez en cuando, alguien pronuncia una palabra o suelta un chascarrillo.